

EL CAMINO SIN FIN

CLARK CARRADOS

COLECCIÓN

ESPACIO

EL CAMINO SIN FIN

por

CLARK CARRADOS

EDICIONES TORAY, S. A.

Teodoro Llorente, 13

BARCELONA

IMPRESO EN ESPAÑA

PRINTED IN SPAIN

GRÁFICAS TRICOLOR – Eduardo Tubau, 12 Barcelona

ESPACIO

TITULOS PUBLICADOS

1 El átomo juega su baza

2 El cerebro

3 La invasión de los hielos

4 Terror en el IV Planeta

5 La rebelión de los átomos

6 Dueños del mundo

7 Pánico

8 Dimensión "X"

9 Planetoide 2.012

10 "Ellos"

11 El negro espacio silencioso

12 Motín electrónico

13 Tesoro cósmico

14 Rebeldes de la Galaxia

15 Tiempo dos

16 Objetivo Tierra

17 Los hombres arañas de Titán

18 El enigma de los siglos

19 El hombre de la doble dimensión

20 Después del diluvio

21 La vuelta de Gulliver

22 La incógnita de Marte

23 Estampida al satélite

24 Las máquinas locas

25 Viajes prohibidos

26 La amenaza negra

27 Elia, reina de Júpiter

28 Las minas del cielo

29 F. B. I contra Marte



Hay un camino sin fin: la ruta

de las estrellas... pero que, sin em-

bargo, termina en la Tierra.

(Frase popular entre los nave-

gantes del espacio.)

CAPÍTULO PRIMERO

Estallando en ininterrumpidas explosiones de luz, la calle era un ascua viva y por ella, con las manos en los bolsillos, vistiendo un deteriorado traje azul marino, caminaba Rino González, mirando distraídamente a diestro y siniestro, contemplando sonriente a la multitud de tipos con quienes se topaba.

Una muchacha pasó a su lado, riendo estrepitosamente y esquivando el pellizco de un soldado de la Infantería del Espacio. Su carcajada quedó instantáneamente ahogada por el estrépito de un órgano electrónico que lanzaba a los aires las notas de "Triple Estrella Azul", la última y sensacional canción de moda, que hacía furor en todos los planetas de la Alianza Galáctica. Rino se dijo que su autor, Fernando Linar, necesitaba un Banco para él solo: los derechos de autor debían ser una fabulosa fuente de ingresos, a pesar del voraz noventa y siete por ciento que se llevaban los impuestos.

Le empujaron fuertemente a un lado y frunció el ceño, pero sonrió al apartar al borracho. Éste se le quedó mirando estúpidamente:

—¡Per... perdón, caballero!—dijo tartajeando—. Le... le voy a indemnizar... —y sacó un abultado fajo de "garants" del bolsillo. Se le cayeron unos cuantos billetes al suelo y Rino se apresuró a recogerlos, y metérselos de nuevo en el mismo sitio:

—¡A dormir la mona, amigo! — dijo, pero no pudo contener un estremecimiento al sentir el contacto del dinero. Todo el mundo parecía feliz; todo el mundo estaba contento y se divertía. Todos menos él, cuyo más acuciante e inmediato problema era el de solucionar la comida próxima. Dormir... Hacía buen tiempo y no le faltaría un banco en el Retiro II. Continuó caminando.

El bullicio iba en aumento a medida que avanzaba la noche. Apenas si eran las nueve y la calle de Alcalá estaba a punto de

reventar por todas sus costuras. A pesar de hallarse sin un céntimo en el bolsillo, Rino se sentía extrañamente feliz. Le parecía que una millonésima parte de la felicidad de cada uno de aquellos seres que pululaban por allí le pertenecía a él.

Se detuvo bruscamente. Alguien le había puesto una mano en el pecho:

—¡Rino González! ¿Qué haces aquí?

Se detuvo y miró a su interlocutor. Era un hombre-marrón. Su piel tenía un acentuado tono oscuro, que no podía confundirse de ninguna manera con la pigmentación propia de los negros del África. El marrón de la epidermis de aquel hombre era fuerte, destacado, pero sus facciones eran de una gran belleza y simetría. De no ser por la coloración, hubiera podido pasar muy bien por un auténtico representante de la raza caucásica.

—No recuerdo… — dijo, y no mentía.

—Pero, hombre — insistió el otro—. ¿Es que ya no te acuerdas de L'dyer? Haz memoria, Rino. Carina VII. ¿No?

Rino abrió mucho los ojos. Sonrió al fin.

—¿Quién lo iba a decir, L'dyer? ¡Claro que me acuerdo! Aunque a veces, es la verdad, procuro olvidarlo. Aquellos pulpos voladores no son muy agradables que digamos.

González recordó su aventura en Carina VII, cuando una vez se hubieron de detener para reparar una avería de la nave. Gracias a aquella casualidad, habían descubierto un mundo nuevo, habitado por hombres enteramente iguales a ellos, salvo en el color de la piel, marrón, para aprovechar en toda su intensidad la luz del sol de aquel sistema, que al planeta de donde procedía L'dyer llegaba muy débilmente. Estaban muy civilizados y conocían incluso la astronáutica, pero no habían hallado el medio de salir de aquel grupo de planetas. La llegada inesperada de la expedición terrestre en un aparato capaz de surcar todos los espacios había constituido una inesperada revelación para ellos y, una vez que establecieron relaciones con la Tierra, se les había tenido que contener para que no hicieran una invasión pacífica.

Los primeros hombres-marrón que regresaron a Carina VII contaron y no acabaron. En medio de sus adelantos científicos, su vida era completamente suave y pacífica y el choque con la idiosincrasia terrestre fue algo enorme. Libros y films revelaron las formas de la

existencia en la Tierra y, por primera vez en sus billones de años de existencia los carinios perdieron su habitual impasibilidad y sangre fría, al pretender viajar hasta un planeta que tantos atractivos reunía. Y, al principio se les había admitido sin tasa, pero cuando, aplicando a sus conocimientos de astronáutica los principios que permitían violar leyes tan fundamentales como las del espacio y el tiempo y así recorrer distancias inconmensurables con muy poco gasto de tiempo, se volcaron y el Gobierno terráqueo tuvo que poner coto a la invasión, destinando un cupo anual de turistas. Pero, en Carina VII lo que sobraba era el oro y las piedras preciosas y, como ellos no le daban importancia, y veían que en la Tierra se volverían locos por dichos objetos, el conseguir un visado por un año o dos, era cuestión únicamente de un lingote más o menos de oro y así siempre había más carinios divirtiéndose, dejándose robar por el placer de sentir una pistola en la barriga, emborrachándose a conciencia y, en fin, agotando todos los medios de diversión terrícolas, que los que se permitían legalmente. Sobre todo, lo que más placer les causaba era el cambiar su oro o sus gemas, por aquellos rectángulos de papel verdoso a los que los terrestres apreciaban tanto. Literalmente los arrojaban.

Los carinios habían dejado de ser ya una curiosidad para los terrestres. Nadie volvía ya la cara para verlos pasar, charlando excitadamente como pájaros fuera de su jaula, soltando continuamente grititos de asombro al ver las maravillas que aquel planeta tan distinto al suyo encerraba. Ahora se comportaban como si hubieran nacido y vivido en la Tierra.

El perspicaz ojo de L'dyer captó en seguida el derrotado aspecto de su amigo. El traje no era sino un antiguo uniforme de oficial navegante, del que se habían arrancado los dorados galones y substituido los botones metálicos por otros de pasta. Aún quedaban huellas de los primeros en las bocamangas.

—Cuéntame, Rino. ¿Qué te ocurre?

—¡Oh! Nada. Nada de particular. L'dyer — respondió el interrogado—. Me estaba paseando, simplemente. A estas horas la calle de Alcalá ofrece una visión espléndida.

—Rino — dijo el hombre-marrón gravemente—, tú no eres hombre para pasearte pudiendo tener una nave bajo tus pies. ¿Qué te ha pasado? ¿Por qué te has quedado sin trabajo?

—¡Caramba, L'dyer! Cualquiera diría que eres da la "poli". ¿Tanto se me ve?

—Desde la Próxima Centauro podría adivinar el más zoquete que por la razón que fuera te pegaron la patada — también los carinios se habían adaptado a los gráficos modismos de los idiomas terrestres. El español fluía de los labios de L'dyer con toda corrección.

—Pues... — empezó a decir Rino, pero el otro le interrumpió.

— ¡Vamos! Este sitio, con tanto jaleo, no es el más apropiado para que dos amigos reanuden sus relaciones interrumpidas hace un montón de años. Cerca de aquí hay un excelente restaurante, el "Copérnicus", donde sirven unos filetes de lenguado que son un regalo para el paladar.

Rino se echó a reír. También la comida era otra de las cosas por la que los carinios sentían particular debilidad, hartos de su único y, por consiguiente, monótono alimento. Se dejaban los billetes por fajos con tal de conseguir un buen plato y L'dyer no era ninguna excepción.

Encendieron un cigarrillo en tanto que les servían la cena. La historia de la derrota de González se resumía en pocas palabras:

—Iba de primer navegante a bordo del "Nova Andrómeda". Después de alcanzar la constelación del Triángulo efectué todas las operaciones de cálculo para pasar a las proximidades de Can Mayor y... Bueno, hubo un error en la concurrencia de medio minuto y nos perdimos. Anduvimos vagando unos cuantos meses por el espacio hasta que al fin dimos con nuestro punto de destino. Pero el fallo me costó la expulsión, y todos mis sueldos devengados, más los ahorros —no eran moco de pavo precisamente —, se fundieron en el pago de indemnizaciones. Claro es que no alcanzaron siquiera la vigésima parte, pero ya conoces los Reglamentos, ¿no?

—Artículo 96, párrafo XXI, apartado 5.°, Letra N. "El navegante o piloto espacial por cuya culpa se perdiere o sufriere retraso una astronave... abonará todos sus sueldos devengados como indemnización por los perjuicios sufridos por la Compañía... También se investigará su fortuna personal y..." Los carinios tenían una memoria fotográfica excepcional. Les bastaba leer una vez un libro para aprendérselo inmediatamente desde la primera a la última página. Por ello eran buscados afanosamente como navegantes; pero casi ninguno aceptaba a pesar de los elevadísimos sueldos que se les pagaban. L'dyer sonrió después de soltar el disco.

—¿Es así? — preguntó.

—Tú lo has dicho, L'dyer.

—Está bien, Rino. No te preocupes. Soy tu amigo y en cierta ocasión me salvaste la vida. No tienes trabajo, ¿verdad? Bueno, ¡qué idiota soy! ¿Acaso no lo estoy viendo? Haremos una cosa: te vendrás conmigo a Carina VII. Allí no necesitarás de esas cosas que se llaman billetes, ni hay barreras entre los habitantes ni policía ni nada de lo que aquí os impide moveros sin que os topéis con algún artículo de algún Código que os pone la señal roja,

—Pero...—Rino se sentía abrumado. Claro que la perspectiva no dejaba de ser halagadora. Pero la vida excesivamente cómoda y muelle que se le ofrecía no era la más apropiada para su inquieto carácter. Él era un astronauta, un navegante del espacio, y los pies le ardían en tierra firme, Ansiaba sumergirse en la negra obscuridad taladrada por millones de lucecitas y sentirse totalmente rodeado por ellas. La fascinación celeste ejercía un poderoso atractivo sobre él, pero, meditándolo fríamente, ¿qué porvenir le esperaba? Sin trabajo, sin un solo "garant" en el bolsillo, cualquier día le echarían la zarpa encima acusándolo de vagancia y lo enviarían a cualquier colonia sideral durante un par de años terrestres a trabajar en alguna mina de uranio o cosa por el estilo. Malo era vivir perpetuamente en un nirvana como era el mundo de su amigo, pero lo otro... Se encogió de hombros.

—Bueno, L'dyer — sonrió forzadamente —. Abusaré de tu bondad...

—Nada de eso, querido. Si estoy aquí disfrutando de los placeres terrícolas, te lo debo precisamente a ti. No olvido aquella aventura nuestra con los pulpos voladores.

—¡Uf! ¡No me los recuerdes! —rió González, tomando la copa.

* * *

—¡Teniente Casal!

—¡A sus órdenes, señor!

—Tome este volante. Acompañará a los señores de Delaunay en la visita que piensan hacer a la Base Orbital núm. 12. Sea cortés con ellos y piense que, por mucha lata que le den, tienen un paquete más que regular de acciones de la Compañía. Procure entrarles con el ojo derecho, ¿entiende?

—Sí, señor — murmuró amargamente el oficial.

Felipe Casal, teniente astronáutico de la "Compañía de Viajes

Extragalácticos, S. A.", con el grado de quinto navegante. "¡Menuda papeleta!", se dijo. Acompañar a aquella pareja de chiflados que aún no sabían cómo era una estación espacial por dentro. Seguro que ella devolvería el pavo de Navidad en cuanto penetrase en la cámara de Gravedad Cero. Suspiró resignadamente y tomó el volante que le ofrecía el capitán De Río, jefe de personal de la poderosa Empresa.

Hubo de aguardar en el vestíbulo del hotel de los Nueve Planetas hasta que el señor y la señora Delaunay se dignaron bajar. Se les presentó con toda la cortesía que pudo. Él era el clásico tipo del financiero enriquecido súbitamente. Ella duplicaba su peso propio merced a un tremendo lastre de gemas. Pero no dejaba de tener cierto atractivo, a pesar de sus cuarenta años... cumplidos hacía siete u ocho al menos. "¡Lo que puede la cirugía estética!—sonrió socarrón, para sus adentros el teniente Felipe Casal.

"Viajes Extragalácticos, S. A." había puesto a disposición de tan distinguidos visitantes un cohete particular que los llevó en muy poco tiempo hasta la Base Orbital núm. 12, que era la destinada a recibir y despedir las astronaves de lejanía. Las demás se ocupaban únicamente del tráfico por el interior del Sistema Solar.

El ingeniero que proyectó y diseñó la estación, logrando, tras largos años de dura lucha, lanzarla al espacio, no la hubiera conocido de haberla visto cincuenta años después.

Primitivamente era una especie de espejo cóncavo, en cuya cara interna se recibían los rayos solares que se concentraban sobre un depósito de mercurio que, al hervir, producía vapor y éste a su vez la energía eléctrica necesaria para el funcionamiento interno de la base. En la otra cara se encontraban las turbinas, los diferentes puestos de control y mando, emisoras; habitaciones de los técnicos y operarios; laboratorios químicos, astrofísicos y observatorios astronómicos; una pequeña biblioteca en la que no faltaba el bar y cine, estancias todas unidas y perfectamente aisladas del vacío, pero estancas, de modo tal, que la pérdida de aire en una de ellas no afectara al resto. Luego, en el centro, se encontraban las esclusas de aire que daban acceso a la estación y el inmenso poste de viguetas entrecruzadas que constituía la antena de radio y televisión.

Sin embargo, posteriormente y a medida que las necesidades del tráfico interestelar aumentaban, también se aumentaron "pegotes" a la estación. Llegó un momento en que la fuerza solar no fue suficiente y hubo de recurrirse al motor nuclear, por lo que éstos hubieron de acoplarse al final de largos brazos que daban la impresión de ser los tentáculos de algún engendro mitológico. El observatorio se quedó

bien pronto chico y hubo que construir uno nuevo que, naturalmente, se adosó a la estación, Y así, habitaciones, salas de espera, diversiones, más laboratorios, puestos de control, policía, etc., etc., se fueron añadiendo de modo que aquello era ahora un fenomenal maremágnum de puentes, tirantes, esferas y cilindros, en el que un no iniciado se hubiera perdido en menos de dos minutos y hubiera costado dos semanas de ímprobos esfuerzos el encontrarlo.

A sus espaldas, hubo de comprobar el teniente Casal que la lengua de la señora Delaunay era tan ágil corno la mente de su marido para los negocios. No cesaba de hablar y el pobre oficial ya estaba pensando con delicia en el medio kilo de aspirinas que iba a tomarse apenas dejara aquella mujer tan latosa.

—¡Oh! — exclamaba la mujer —. ¡Excitante! ¡Fascinador! —y echó mano de repente al pomo de una puerta. El oficial se precipitó, lívido.

—¡Por el amor de Dios, señora! ¿Acaso quiere matarnos a todos?

—¿Qué... qué es eso? — tartamudeó ella, asustada. La expresión del complaciente Casal era de puro pánico.

"¿Quién habrá sido el maldito idiota que se habrá dejado desconectado el seguro de esta salida de emergencia?", gruñó para sí, reparando el olvido. De no haber alcanzado la mano de la señora Delaunay hubieran muerto todos instantáneamente al quedarse sin aire, absorbido por el vacío sideral.

—Continuemos, por favor — dijo ya más tranquilo, en el momento en que se cruzaba con un hombre en el que sus galones dorados sobre el uniforme denotaban su categoría de cuarto navegante.

—¡Adiós, Felipe! Deséame buen viaje.

—¡Caramba, chico! —exclamó el improvisado cicerone del espacio, sinceramente asombrado—. Veo que te han ascendido. ¿Qué tripa se les ha roto a...? — pero se dio cuenta de que había delante una señora y moderó su lenguaje. Iba a decir los "cuervos de la Compañía". Si le llegan a oír, seguro que el informe hubiera sido desastroso. Continuó—: ¿Dónde embarcas?

—En el "Vega II" — contestó Arthur Sheridan, estrechando la mano de su compañero. Felipe Casal lo vio marchar con cierta melancolía tintada de envidia. Suspiró y continuó con sus explicaciones a la pareja de visitantes.

Llegaron a un lugar que hizo que la señora Delaunay prorrumpiera en exclamaciones de asombro.

—¡Vaya! ¡Quién lo hubiera supuesto! ¡Flores y todo!

—¿Cómo es posible esto, teniente?— preguntó su ricachón esposo.

—Pues, mire, señor Delaunay. Se calcula que un metro cuadrado de hojas de calabaza produce el oxígeno necesario para un hombre en reposo. Esto lo tiene la base desde que se construyó porque entonces era preciso economizarlo todo: desde oxígeno hasta hombres; pero ahora ya no tiene razón de existir sino como lugar de esparcimiento. En verdad que resulta agradable venir aquí de vez en cuando, en las horas libres de servicio y creerse allá abajo, en la Tierra.

Lo de las flores era una exageración de la mujer. Apenas si había otras que girasoles, también grandes productoras de oxígeno y Casal no pudo evitar un sarcástico comentario:

—Hay aquí tan poca gravedad que las plantas crecen con una velocidad aterradora. Una vez se les ocurrió traer hiedra... Bueno, la tuvieron que arrancar antes de dos días de haberla sembrado. Si nos descuidamos, no hubiera habido en la base lugar para otra cosa.

A medida que se iban acercando al centro de la estación espacial, se iba disminuyendo la fuerza de la gravedad artificial, creada por un ligero movimiento rotatorio que producía una fuerza centrifuga más acentuada cuanto más al borde de la base se estaba. La situación de la cámara de gravedad cero era completamente al centro y constituía el "clou" o número fuerte que cerraba la visita a la base.

Tuvieron que agarrarse con frecuencias los asideros que había por los mamparos, ya que el menor esfuerzo los hacía despegarse del suelo. Así, con gran facilidad y un mínimo de trabajo llegaron muy pronto ante la puerta de dicha cámara, cuyo pomo hizo girar Casal, abriéndola. Sonrió a la señora Delaunay al invitarla y ella dio un paso hacia adelante, para detenerse al instante. Lanzó un penetrante grito de horror y acto seguido se dejó caer para atrás en los brazos de su esposo, completamente desmayada. Los ojos de los dos hombres se abrieron desmesuradamente.

En el centro de la cámara sin gravedad, en una postura increíble yacía muerto el oficial con quien se cruzaran unos momentos antes, Arthur Sheridan. Flotaba en el aire quieto y únicamente se movió un poco cuando le llegó la corriente de aire que se produjo al abrir la puerta. Una horrible herida le cruzaba la garganta de oreja a oreja.

Pero éste no era el detalle más horripilante, sino el de la sangre vertida por la espantosa herida. Formaba unas esferillas de vivísimo color carmesí que rodeaban el cuerpo, de diferentes tamaños, agitándose también suavemente a impulsos de la debilísima corriente de aire producida, y estaban por todas partes. Una de ellas, de unos cinco centímetros de diámetro llegó hasta casi el rostro de Casal y éste, espeluznado, la apartó de un manotazo. El siniestro globo se subdividió al instante en un infinito número de ellos que se esparcieron por delante de los horrorizados espectadores.

Aquello le hizo reaccionar instantáneamente. Saliendo del estupor en que había caído, cerró violentamente la puerta.

—¡Señor Delaunay, lleve a su esposa a la sala de espera y procure reanimarla! ¡Yo voy a avisar al capitán!

CAPÍTULO II

—¡Atención, Madrid! ¡Atención, Madrid!

—Madrid al habla. Escucho, Base Orbital núm. 12. ¿Qué desea?

—Soy el capitán Ramírez, comandante del "Vega 11". Necesito hablar urgentemente con el jefe de personal de la Compañía.

—Un momento, por favor. Le pongo al instante.

Resonaron los característicos "¡clicks!" de los conmutadores y al momento pudo escuchar el capitán la voz de la persona requerida.

—De Río al habla. ¿Qué se ha roto por ahí arriba?

—¿Romperse? — el capitán Ramírez soltó una breve risita nerviosa—, Casi nada. La garganta de Sheridan.

—¿Qué le ha ocurrido? ¿Se la ha abierto con un vaso de licor?

—¡Ojalá! No lo sé, pero lo han encontrado con el cuello rebanado de oreja a oreja.

—¡Asesinado! —exclamó De Río estupefacto.

—¡Muerto como mi bisabuela! —contestó el otro pintorescamente.

—¿Quién ha sido?

—¿A mí qué me cuentas? Eso es de la competencia de la policía. Yo lo que quiero es que me lo suplas inmediatamente, ¿lo entiendes? Ahora me encuentro sin cuarto navegante y, ¿quieres decirme qué puedo hacer?

—Apáñate como puedas con el resto — sugirió De Río, e inmediatamente percibió un sonoro bufido de su interlocutor.

¡Que te crees tú eso! Ninguno de los demás navegantes aceptará un recargo de horario en sus guardias, aunque les pagues su peso en oro. Y, por otra parte, no me digas que no conoces los reglamentos, De Río. Necesito un cuarto navegante antes de seis horas. .

—¡Antes de seis horas! ¿Te crees que se encuentra un oficial así como así? Todos están empleados y el que no, hace su periodo de descanso. Ninguno querrá aceptar.

—Bueno — Ramírez se encogió de hombros—. A mí me da igual, pero ya verás los berridos que te pegan los jefazos cuando se enteren de que el "Vega II" no puede zarpar. Las indemnizaciones llegarán hasta la Luna y, ¿a costillas de quién irán? A las de un inepto jefe de personal que...

—¡Bien, bien! —gruñó De Río molesto—. Haré lo que pueda, pero no te lo garantizo.

—Tienes que hacerlo —Je dijo el otro—. Ponles como cebo que una de las escalas del viaje es Carina VII. Ya sabes lo que pasa: algún lingote de oro o medio kilo de piedras preciosas siempre son fáciles de pasar en el equipaje por la aduana y...

No pudo continuar con su discurso.

—¡Aguarda un momento!—le cortó el Jefe de personal—. Se me acaba de ocurrir una Idea que quizá dé resultado. Cortaré, pero no te alejes mucho. Estate a la escucha.

Le llamó diez minutos después, cuando el comandante de la astronave estaba ya dándose a todos los diablos:

—Oye, Ramírez; he dado con la solución. Tengo un cuarto navegante recién salido del horno. Es su primer viaje...

—¡Mándamelo por cohete urgente! —rugió el capitán Ramírez.

De Río se echó a reír.

—Luego no me eches a mí las culpas.

Conocía sus gustos y sabía que el gruñón Ramírez gruñiría aún más cuando viera a su nuevo auxiliar de astronáutica.

—Me es igual. Con tal de que tenga su patente en regla, para que las patrullas de vigilancia en las concurrencias de salto de espacio a espacio no puedan poner pegas, soy capaz hasta de hacer sus guardias.

—Está bien, cascarrabias. Toma su nombre y anótalo en el rol de a bordo. Estás?

—Dispara ya.

—Bueno, allá va. Pat Frederick, veinticuatro años, cuarto navegante con el grado de segundo teniente expedido por la Academia Universal de Astronáutica. Toda su documentación está en regla, ¿comprendes?

—Ya debía estar aquí — refunfuñó Ramírez, cortando la comunicación.

Si hubiera podido ver el rostro de De Río, por el que fluían abundantes las lágrimas a causa de las carcajadas que emitía, se hubiera quedado altamente escamado y aún hubiera rechazado el navegante, sin pensar siquiera en los riesgos de una confrontación con alguna patrulla de vigilancia especial.

Entretanto, Rino González y su amigo desembarcaban en la Base Orbital N.° 12, y tras la oportuna comprobación de sus documentos, pasaron a la sala de espera.

—Tomaremos una copa mientras, si te parece — sugirió L'dyer y el español aceptó complacido. Interiormente estaba un poco avergonzado debido a la munificencia que su amigo había usado con él. Sus ropas eran ahora debidas a la tijera de Roig, el mejor sastre del sistema, según se decía y le caían con una negligencia estudiada que, según decía el famoso artista de la aguja, volvía locas hasta a las mujeres que había en las Galaxias aún no descubiertas.

Pero a Rino le gustó mucho más aquella morena alta, esbelta, de tipo cimbreante y andares decididos y firmes, en ningún momento, sin embargo, hombrunos y que, tras abandonar la esclusa de aire y verificar sus documentos atravesó la sala de espera sin dedicar una mirada siquiera a su alrededor. Llevaba de la mano un hermoso mastín alemán que gruñía amenazadoramente, de modo que los varones se tuvieron que conformar con emitir algún que otro silbido de admiración al paso de la hermosísima muchacha. El perro infundía harto respeto. Un maletero la seguía y solamente se veían sus piernas debajo del fenomenal equipaje. Desaparecieron por la otra puerta que conducía al circular pasillo de unión con la Base Orbital y la astronave extragaláctica.

—¡Vaya mujer!—comentó L'dyer, francamente asombrado.

Diez años atrás, en su planeta, tal frase hubiera sido severísimamente castigada. El contacto con las costumbres terrícolas había relajado bastante las carinias, pero era solamente en sus viajes de turismo. En su planeta volvían a ser de nuevo las personas circunspectas y comedidas que Rino conocía de sobra.

—¿La conoces? — preguntó L'dyer.

A juzgar por su porte y el hombre que la llevaba sus maletas la juzgó alguna famosa estrella, recientemente encumbrada a la fama, y por lo tanto, aún poco conocida su imagen fuera de la Tierra. Después

esperó la contestación de su amigo.

—No. Es la primera vez que la veo — repuso Rino, sorbiendo pausadamente su jerez. Sacó un cigarrillo y, tras colocárselo en la boca, quiso prenderle fuego, se le anticipó alguien que le colocó la llama de su mechero en la punta del pitillo.

—¿De viaje, capitán González? — murmuró una voz amable en su oído.

Rino aspiró pausadamente el humo y luego, mientras lo exhalaba, miró a través de la azul cortina a su interlocutor. No lo conoció de momento.

Los ojos reidores, pero que en determinados momentos debían ser enérgicos y duros, de un hombre de mediana edad, atildado en el vestir, no disimulada su corpulencia por el arte de Roig —también debía ser cliente suyo, se dijo Rino—, lo miraba interesadamente.

—De viaje, sí, señor; pero, no capitán. Solamente Rino González, un paisano como usted, a no ser que sea militar o policía fuera de servicio.

— ¡Qué cosas tiene usted, capitán González! — agitó el otro una mano blandamente—Ni lo uno ni lo otro. Simplemente... digamos hombre de negocios.

—Muy agradecido por sus informes, señor...

—Zaldívar, Héctor Zaldívar — repuso el otro.

—...pero no creo que tenga usted nada que tratar conmigo y que pueda relacionarse con sus negocios.

—¡Oh, sí! Tengo una proposición interesante que hacerle, pero, debiera presentarme a su amigo. Está cometiendo una incorrección, capitán.

—Señor Zaldívar, el señor L'dyer, de Carina VII — luego repitió Rino la fórmula a la inversa.

Los hombres se saludaron con una correcta inclinación de cabeza que no comprometía a nada. A Rino le pareció que, al cruzarse ambas miradas saltaban chispas eléctricas.

—Señor Zaldívar — continuó—, me parece que, por ahora, me será imposible aceptar su oferta.

—¡Oh! No lo creo — sonrió el otro, distendiendo la fina línea negra que era su bigotito —. Le ofrezco una fortuna si aceptara. Pero me gustaría tener con usted una conversación reservada. Es decir — se apresuró a agregar—, si el señor L'dyer no tiene ningún inconveniente.

—No. Nada de eso. Anda, Rino. Te espero aquí. Hay tiempo suficiente.

—Gracias, L'dyer; pero lo que me vaya a decir el señor Zaldívar puede escucharlo perfectamente. No hay ningún secreto en mi vida — contestó Rino.

Zaldívar torció levemente el gesto. Recuperó rápidamente su sonrisa:

—Capitán, si mal no recuerdo, usted era el primer navegante a bordo de una astronave, la "Nova Andrómeda", creo. Era su último viaje como tal. AI siguiente comandaría un aparato. Pero hubo algo que le estropeó la carrera, ¿no es así? — Y miró a Rino algo burlón.

—Sí; tiene usted razón, señor Zaldívar. Sin embargo, permítame que le diga que aquello no es nada grato de recordar.

—¡Oh! —el rostro de Zaldívar expresó consternación—. Le ruego mil perdones. Y, ahora, si me lo permite, pasaré a exponerle mi oferta.

—Adelante — dijo Rino de buen humor—. No quiero ser incorrecto y rechazarla antes de tiempo.

—Está bien — Zaldívar hablaba ante la interesada atención de L'dyer y se sentía molesto por ello, aun cuando lo disimulaba excelentemente—. Tengo todo lo necesario para una expedición extragaláctica, pero me falta lo más esencial: un comandante para la nave.

—Pues ya puede ir empezando a buscarlo por otra parte, señor Zaldívar. Yo no soy ese hombre que busca.

—¿Por qué no? Usted es un navegante de primera, que es mucho mejor que un primer navegante, y perdone el chiste tan malo. Sé también, y ello no es ningún secreto, que usted sabe ser "el amo a bordo, después de Dios". Conoce los espacios como la palma de su mano. ¿Qué más puedo pedir al hombre que mande mi astronave? No se puede exigir más.

—Un título de capitán y una patente para navegar por cualquier espacio. Por lo demás, casi nada

—dijo Rino, tomando un nuevo sorbo de jerez. Quitó cuidadosamente la ceniza de su cigarrillo y miró a su interlocutor—: Si sabe tantas cosas de mí, supongo que ignorará que todos mis derechos, excepto el de navegar como pasajero, me fueron retirados.

—¡Oh! No tiene la menor importancia. Ya hallaríamos la manera de solucionarlo — dijo Zaldívar.

Rino denegó enérgicamente:

—No puede ser. Lo siento — su acento era firme.

—Me voy a pasar una temporada con mi amigo, el señor L'dyer, en Carina VII.

En el rostro de Zaldívar se dibujó una insinuante sonrisa:

—¡Ah, comprendo! Cuando un carinio hace amistad con un terrestre, la mitad de todo lo que posee el primero es del otro. Por lo tanto, usted volverá a nuestro Planeta con quince o veinte toneladas de oro y un par de kilos de diamantes. Comprendo, pues, que no quiera aceptar mi oferta, señor González. Una perspectiva tal es para hacer enloquecer a cualquiera, ya que los habitantes de Carina VII no suelen conceder su afecto así como así.

Rino se puso en pie. Arrojó el cigarrillo a un lado y murmuró:

—Comprendo perfectamente lo que hay debajo de sus palabras, señor Zaldívar. Estamos en un lugar en el que no puedo pedirle una explicación. De lo contrario, le habría partido la boca con muchísimo gusto.

Zaldívar se echó a reír:

—¿Partir la boca? Sus deseos de aventura pasaron a la historia ante la visión de la cómoda existencia que le aguarda. No le suponía tan…

¡Crac!

El puño de Rino salió disparado violentamente, impactando contra la mandíbula de su oponente. Éste salió hacia atrás trastabillando y agitando ridículamente los brazos. Relampaguearon las lámparas de las cámaras fotográficas, al mismo tiempo que sonaban aullidos de júbilo procedentes de los carinios que regresaban a su mundo. Una buena pelea a puñetazos, especialmente si se producía fuera del cuadrilátero, les enloquecía. Jalearon a los combatientes.

Zaldívar era un tipo duro. L'dyer quiso hacer algo por impedir la bronca, pero su gesto fue contraproducente, porque estorbó la acción de su amigo, y así éste fue proyectado contra una mesa, rompiendo cuanta cristalería había encima. Sus ocupantes salieron a todo correr.

Se recuperó al instante. Esquivó un directo de su antagonista y le colocó un gancho al hígado que lo hizo prorrumpir en aullidos de dolor. Pero, a continuación, un golpe más fuerte que la trompada de un elefante, lo arrojó contra el mostrador del puesto de periódicos y revistas. Dando una voltereta, saltó limpiamente al otro lado, y se levantó al instante. La vendedora se alejó de allí presurosamente, lanzando agudos chillidos, Resonó una sirena con profundos gemidos.

Los separaron en seguida unos cuantos miembros de la Policía Espacial, de servicio en la base. El jefe de la patrulla los interrogó, pero, en tanto se arreglaba los desperfectos del traje, Rino alegó una excusa cualquiera. Y Zaldívar hizo lo mismo. Ambos querían evitar complicaciones.

—Deberán pagar una multa de mil "garants" — dijo el oficial—. O un mes de cárcel.

Rino se estremeció. Pero L'dyer le sacó del apuro:

—Tome —alargó un billete al oficial—. Sobran cuatro mil. Déselos a sus hombres y que se tomen unas copas a mi salud.

Los ojos de los policías se desorbitaron. Sabían de la generosidad, despilfarro mejor dicho, de aquellos hombres del país marrón, pero aquello constituía el sueldo de dos meses para cada uno. Y rogaron porque continuara habiendo broncas y carinios generosos.

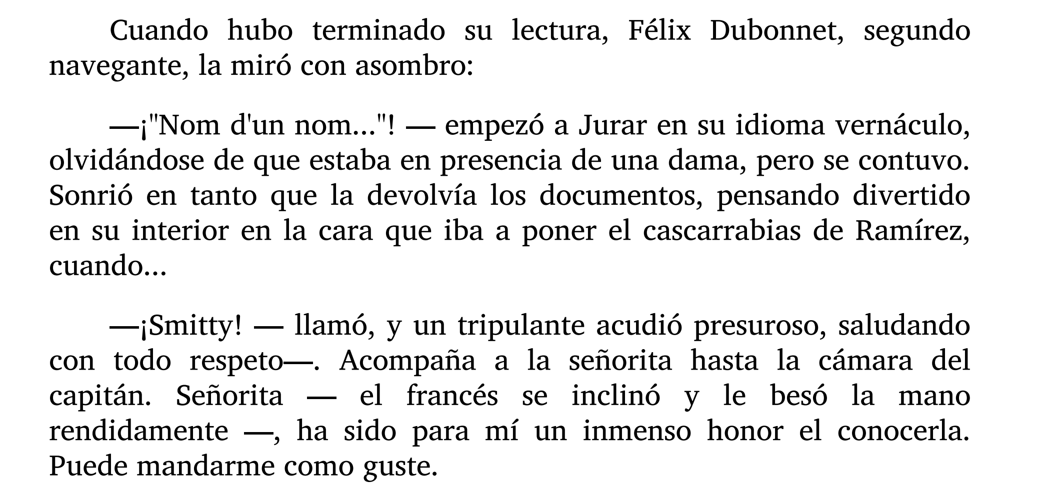
Todavía, antes de separarse definitivamente, habló Héctor Zaldívar:

—Oirá usted hablar de mí, capitán —dijo rencoroso.

—Me taparé los oídos con algodón. Y no se olvide que no soy, ni lo fui, capitán — respondió Rino de muy buen humor.

Tomó su pequeño maletín, y se encaminó con L'dyer, por el pasillo cilíndrico, hacia Vega II.

Por aquel mismo lugar había pasado, media hora escasa antes, aquella mujer que tanto le había agradado. Al llegar al portalón de la colosal astronave, el oficial de servicio le pidió la documentación. Ella abrió el bolso que llevaba colgado al hombro y alargó los papeles.



Cuando hubo terminado su lectura, Félix Dubonnet, segundo navegante, la miró con asombro:

—¡"Nom d'un nom..."! — empezó a Jurar en su idioma vernáculo, olvidándose de que estaba en presencia de una dama, pero se contuvo. Sonrió en tanto que la devolvía los documentos, pensando divertido en su interior en la cara que iba a poner el cascarrabias de Ramírez, cuando...

—¡Smitty! — llamó, y un tripulante acudió presuroso, saludando con todo respeto—. Acompaña a la señorita hasta la cámara del capitán. Señorita — el francés se inclinó y le besó la mano rendidamente —, ha sido para mí un inmenso honor el conocerla. Puede mandarme como guste.

—Gracias — sonrió ella, echando a andar tras el hombre que le habían designado como acompañante. Saltaron a una acera deslizante, empalmando con una escalera automática. Se metieron en un ascensor y su viaje terminó setenta metros más arriba, en una ancha plataforma circular, rodeada por completo de puertas, en cada una de las cuales se veía un rótulo, Indicador del uso a que estaba destinada su habitación correspondiente. La mujer se encaminó directamente hasta una en la que se leía "Capitán", y llamó brevemente con los nudillos.

—¡Pase! — gritó alguien desde dentro y ella empujó la puerta. El capitán Ramírez se levantó de un salto, dejando los papeles que examinaba a un lado. — ¡Señora...! —exclamó un tanto desconcertado.

—Señorita — corrigió ella suavemente —. Pero dejemos a un lado la cuestión de mi estado civil. Tengo una cosa que decirle. Segundo teniente de Astronáutica, Pat Frederick, destinado como cuarto navegante a la nave que usted manda. A sus órdenes, capitán — se llevó la mano derecha a la frente.

Ramírez se pasó una mano por los ojos. Luego sacudió la cabeza.

—¡Es Increíble!—murmuró hecho un lío.

Pat frunció el ceño:

—Si duda de mi identidad, puede...

—No. No es eso — se apresuró Ramírez a contestar—, Pero lo que menos suponía es que me mandaran una mujer en substitución de Sheridan.

—¿Tiene algo que objetar a mi sexo? — la barbilla de la

muchacha se adelantó agresiva.

—Pues... — Ramírez endureció su tono. Nunca le habían gustado las mujeres como oficiales a borda de su nave y las había eludido siempre que había podido. Pero ahora no le quedaba otro remedio que confiar un turno de guardia a una representante del odiado sexo, odiado en cuanto a aptitudes astronáuticas se refería. Ramírez endureció su tono y prosiguió—: Señorita Frederick, le agradeceré sea discreta con mis oficiales, al mismo tiempo que me creo en la obligación de advertirle que tenga cuidado con ellos...

—¡Capitán!—cortó ella indignada—. Sé de sobra cómo comportarme en cualquier momento sin que nadie tenga que reprocharme absolutamente nada.

—Está bien —refunfuñó él—. Ese De Río me ha jugado una mala pasada. Ya me las pagará cuando regrese. Pero me gustaría saber si es usted capaz de calcular una concurrencia de triple convención que nos lleve a...

—¡Capitán! — Pat comenzaba a aburrirse—. Sírvase leer mi patente. Ella le contestará por mi mucho mejor que yo lo haría. No se concede un certificado de cuarto navegante astronáutico así como así; de modo que estoy empezando a tomar como insultos personales todo cuanto usted me está diciendo.

—¡Tómelo como le dé la gana, teniente! —repuso Ramírez, cuyo mal humor iba en aumento a cada instante—. Me gustaría ver cómo se porta usted cuando le corresponda su turno de guardia en "La Bola".

—Probablemente mucho mejor que usted cuando tenía mi categoría — contestó ella ácidamente—. ¿Tiene algo más que decirme?

—No — gruñó él —, salvo que el sobrecargo le dará alojamiento. Ahora son... — miró su reloj y dijo—: Faltan cuarenta minutos para la partida. Si en ese tiempo es usted capaz de buscar al sobrecargo, cambiarse de ropa y dirigir desde el puesto de control la maniobra de desatraque, empezaré el creer que los que le concedieron la patente no estaban ciegos.

—Sí, señor — respondió ella, con pocas ganas de hablar, y dio media vuelta.

Los miembros del tribunal examinador sabían muy bien lo que se hacían cuando le dieron el título. La nave, inmensa, colosal, albergando en su seno varios miles de personas, grandes cantidades de

mercancías, e, incluso, animales terrestres que no se criaban en otros planetas y que se enviaban para su adaptación y reproducción, fue despegando poco a poco y, cuando estuvo a una suficiente distancia de la Base Orbital, aceleró.

Adquirió marcha paulatinamente hasta alcanzar elevadísimas velocidades. Como un bólido cruzó la órbita de Plutón, el último de los planetas del Sistema Solar y se precipitó en el negro vacío que había hasta Próxima Centaurii.

Pero, si un observador hubiera podido seguir visualmente la terrorífica marcha de la astronave, hubiera apreciado que, apenas rebasado Plutón, el aparato se convertía en un fogonazo de luz que duró apenas una milésima de segundo y luego desapareció totalmente, sin dejar el menor rastro de su paso por aquel lugar.

CAPÍTULO III

Pat Frederick, vestida con unos pantalones negros y una camisa de manga corta del mismo color, con hombreras sobre las que llevaba los distintivos de su cargo, penetró en "La Bola", ayudándose con un fuerte empujón de sus pies calzados con zapatos de suela en parte metálica, con objeto de que ésta sufriera, en el momento deseado, una inducción eléctrica que la imantara y así poderse adherir a las paredes y suelos en aquella parte de la astronave, situada exactamente en su centro y desprovista de gravedad alguna.

Había un hombre sobre ella, con la cabeza hacia abajo y los pies pegados a la cara superior interna de "La Bola", como en el argot de los astronautas se llamaba a la colosal esfera de vidrio metalizado, de unos diez metros de diámetros, y en la cual estaban grabadas luminosamente todas las principales estrellas del firmamento, reproduciendo así, en pequeño, desde luego, el espectáculo que un

hombre hubiera podido ver desde el centro de la Tierra, suponiéndolo posible. Aquella esfera substituía las cartas de navegación y sobre ella trazaban sus rutas del espacio, comunicándolas a la sala de máquinas para que variasen el rumbo, tomando el requerido.

El hombre que estaba invertido sonrió al ver llegar a la muchacha:

—¡Hola, señorita Frederick! — dijo— Se ha anticipado en un par de minutos al relevo.

—No tiene importancia, Villa — respondió ella. Tomó el "collar", una especie de peto que se suspendía del cuello, y en el que, además de un transmisor-receptor, había una serie de botones de control remoto por radio, uno de los cuales era el del magnetizador de los zapatos. Pulsó éste y suavemente fue invirtiendo su posición hasta quedar con los pies pegados a la esfera,

—¿Cuál es nuestra posición. Villa? — inquirió Pat.

Éste consultó su reloj antes de dar la respuesta. Luego dijo:

—Dentro de setenta y cuatro segundos exactamente alcanzaremos la órbita de Plutón. Pasaremos a diez millones y medio de kilómetros de distancia de él.

—Está bien. ¿Velocidad?

—Ciento ochenta mil kilómetros al segundo. Debe alcanzar los doscientos noventa mil, ya lo sabe.

—Claro — sonrió ella —. Entonces será el momento de dar el salto a las inmediaciones de Próxima Centaurii—tomó el micrófono y llamó—: ¡Sala de máquinas!

—Sala de máquinas al habla — la contestaron.

—Oficial de navegación en control cero. Atentos para acelerar.

—Lo estamos, señorita.

Pat encorvó su brazo y miró su cronómetro. Mentalmente fue contando los segundos y en el momento oportuno ordenó:

—¡Velocidad doscientos diez!

La frase fue repetida al dar el enterado, pero no se notó en la colosal astronave el menor movimiento. La vida normal continuó a bordo.

—¡Doscientos treinta!

—¡Doscientos cincuenta!

La marcha de la nave fue aumentando sucesivamente. El aparato se hallaba ya en el espacio exterior al sistema, navegando por él con espantosas velocidades, imposible de seguir con la vista.

—¡Doscientos setenta!

Los músculos de Pat se tensaron. El momento más temido por cualquier oficial de guardia en el momento de violar las que antaño se supieron inmutables leyes de espacio y tiempo se estaba acercando: el salto de espacio a espacio que les haría recorrer en poquísimos momentos la tremenda distancia que los separaba de la constelación del Centauro. En "La Bola" una línea luminosa iba trazando automáticamente el rumbo y Pat tenia los ojos fijos en ella, siguiendo su curso.

—¡Doscientos noventa! —ordenó. La espacionave bordeaba ya la velocidad de la luz.

—¡Sala de máquinas! ¡Concurrencia de convección simple! ¡Transmisiones, déme conexión general con toda la nave!—Conexión general lista — respondió el oficial de comunicaciones.

—Atención a todos los pasajeros y tripulantes.

Agárrense al primer asidero que tengan a mano. Dentro de treinta segundos desconectaremos la gravedad artificial.

La serena voz de la muchacha se extendió por todos los pisos y cubiertas del aparato espacial.

—Debe ser guapa la chica, ¿verdad? — comentó Rino, que estaba en el bar de la séptima cubierta, agarrándose a uno de los taburetes.

—¿Por qué lo dices? — inquirió L'dyer, imitándole.

—-La voz, hijo, la voz. Solamente una chica guapa puede tener una voz de ángel.

—¡Atención! —gritó el megáfono que tenían encima. Hubo un ligero intervalo y al fin se oyó—: ¡Gravedad desconectada!

Inmediatamente sintieron Rino y L'dyer la extraña sensación que les producía la falta de peso. Estuvieron así durante un par de minutos y luego, tras el oportuno anuncio hecho a través de los altavoces, los

doce o trece kilos a que había quedado reducido su peso normal les retornaron, pues, a pesar de todo, era absolutamente imposible instalar en el interior de la astronave una gravedad tipo Tierra, so pena de consumir una cantidad fabulosa de energía, cosa totalmente antieconómica.

Pat suspiró satisfecha. Era la primera vez que, en la práctica, hacía el salto de espacio a espacio y que le había salido bien se lo demostró la voz del capitán:

—Perfectamente, señorita Frederick. Veo que es usted un cuarto navegante de una pieza.

—¿Acaso había pensado que era un cuarto "de" navegante? — río ella.

Se sentía extrañamente contenta y se absorbió de tal modo en su trabajo que cuando llegó Jacques Kersignac, el primer oficial y navegante, le pareció que apenas si habían pasado cinco minutos desde que entrase en "La Bola". Le entregó la guardia, haciéndole las pertinentes observaciones, desconectó el magnetismo de las suelas y se dejó caer suavemente hacia la salida.

Entretanto, Rino y su amigo, tras aburrirse un buen rato en el bar, habían decidido asistir a la sesión de cine proyectotelepático y se fueron al amplio salón, a medias lleno, en cuyo vestíbulo, tras elegir la película de entre las numerosas que había en el programa, les entregaron su correspondiente casco individual. Se sentaron en cómodas butacas y de momento no vieron otra cosa que la pantalla, blanca en apariencia, pero que, en realidad estaba en continuo funcionamiento. Un proyector múltiple lanzaba todas las películas a la vez, pero al poner en funcionamiento el casco, éste hacía que en el rectángulo apareciera la imagen correspondiente al film que cada uno había elegido, de modo que, si había quinientos espectadores, había quinientas películas diferentes proyectándose a un tiempo. El casco servía para seleccionar la que uno había elegido y sus auriculares enviaban únicamente a sus tímpanos el sonido conveniente. En realidad, la proyección tenía lugar en el cerebro, pero los ojos "la veían" en la pantalla. En tres dimensiones, si así era la escogida. L'dyer, como buen carinio había pedido una sobre federales y enemigos públicos número uno. En cuanto a Rino, se dispuso a contemplar la milésima versión de Custer y sus "diferencias" con el jefe de los Sioux, Sitting Bull.

Cuando terminaron, regresaron al bar de nuevo y esperaron la hora de la cena. L'dyer suspiraba.

—Cuando pienso que en tres años no voy a poder comer más que nuestro alimento único en Carina VII me pongo enfermo, decía — y Rino se echó a reír, pero en aquel momento abrió mucho los ojos.

—¿Qué te ocurre?

—¡Caramba!—exclamó el español—. Mira, la dama del mastín.

La hermosísima mujer que vieron entrar antes de la partida, hizo su aparición en aquellos momentos en el salón. Pero vestía el clásico uniforme de los navegantes del espacio cuando se hallaban a bordo de la astronave.

—¿Quién lo dijera? — murmuró él, anonadado.

—¿Qué te había parecido? ¿Alguna millonaria de turismo?

—Pues... su aspecto era de tal — dijo Rino, completamente desconcertado.

Pat se sentó en una mesita y mientras que la servían una bebida, sacó un cigarrillo. Rino no se pudo contener y la dio lumbre. Ella se lo agradeció con una breve sonrisa.

—Teniente de astronáutica, ¿eh? — exclamó, como buscando un pretexto para entrar en conversación.

—No creo parecer un payaso — repuso Pat heladamente.

— ¡Ejem...! Si me permite presentarme...

—No. No se lo permito — contestó ella fríamente.

Pero Rino no estaba dispuesto a ceder. La gustaba la mujer y su temperamento racial salía a flote.

—Me llamo González, Rino González y soy...

—Ya lo sé. Un primer oficial expulsado por un error en sus cálculos de navegación. Y, ahora, si me lo permite, me gustaría estar sola,

—Bueno, yo...

Pero en aquel momento ladraron los altavoces:

—¡Atención! ¡Atención a todo el mundo, especialmente a los tripulantes! ¡Cierren todas las puertas y bloqueen los accesos a las cubiertas! ¡Es muy, urgente!

Todos los rostros de cuantos estaban en aquel lugar se volvieron instintivamente hacia el megáfono. Éste continuó lanzando advertencias.

—No ha ocurrido nada irreparable, pero se ruega calma y disciplina a todos los pasajeros. Acaten sin discutir las órdenes de la tripulación y sus oficiales y, pase lo que pase, no se muevan del lugar en que se encuentren. En cuanto a los oficiales, deberán dirigirse sin falta, inmediatamente, a la cámara del capitán. ¡Urgentísimo!—volvió a acuciar el megáfono, y Pat se levantó al momento.

Entonces ocurrió algo muy extraño: el mastín que había permanecido todo el rato agazapado tranquilamente en el suelo, se irguió repentinamente enderezando las orejas y de su garganta salió un ronco gruñido. Todos sus músculos se erizaron.

Pat se apresuró a coger el extremo de la correa que había soltado al sentarse.

—¡Quieto, "Antarés"! —ordenó y en aquel instante se oyó un sonido que, por lo inesperado, dejó estupefactos a cuantos allí se encontraban. La muchacha se puso en pie y palideció.

—¡Han dejado abierta alguna jaula de fieras! — dijo, y Rino se quedó mirándola sin comprender. Ella lo aclaró a continuación:

—Están construyendo un Zoo en la capital de Carina VII y llevamos un cargamento de fieras terrestres— el rugido sonó ahora mucho más cerca y le contestó un coro de voces aterradas y alaridos de pavor. Algunos hombres pasaron a todo correr, dando enormes saltos, por delante de la puerta del bar. "Antarés" seguía gruñendo ferozmente.

Súbitamente se oyó muy cerca un grito espeluznante, cortado casi al momento. A Rino no le cupo la menor duda de que el felino, fuera de la clase que fuera, había hecho presa en la garganta de un ser humano. Estallaron un par de disparos y una bala chilló al rebotar contra un mamparo metálico cerca de allí.

Un hombre se asomó aterrorizado:

—¡La nave está invadida por las fieras! —gritó, y desapareció al momento. Rino lanzó un juramento. Puesto que en todo el interior de la astronave reinaba una temperatura uniforme, había muchos lugares en los que las puertas eran absolutamente innecesarias y el bar era uno de ellos. En cualquier momento podía presentarse la bestia...

Un hombre apareció súbitamente con un rifle en las manos. Le temblaban visiblemente, pero, a pesar de ello, avanzó valientemente. Sus disparos restallaban con toda claridad, mas los continuos rugidos que le contestaban daban una buena prueba de su ineficacia. Pero de repente, sus nervios le traicionaron, soltó el arma y, dando una aprovechada media vuelta se aprovechó del cuarto de gravedad que había en la nave estelar para desaparecer aceleradamente, con saltos de veinte y más metros de longitud.

Rino no lo dudó un segundo. De un envión salió fuera y tomó un arma, en el preciso instante en que un enorme león, de negra melena, saltaba sobre él. Sus ojos captaron, en una brevísima fracción de tiempo, la escena de un hombre muerto y desgarrado, en medio de un charco de sangre, pero hubo de agacharse para evitar la acometida de la fiera.

Pero entonces ocurrió una cosa que, de no haberse vertido ya sangre, hubiera podido parecer pintoresca. El poderoso salto del león llevó a éste a treinta metros más lejos del lugar en que esperaba hallar su presa. Naturalmente, no podía saber las extraordinarias condiciones de ligereza de peso en que se encontraba y sus fuertes músculos, hechos para impulsar una masa de doscientos cincuenta kilos al menos, habían hecho saltar una que solamente pesaba una cuarta parte. La fiera se volvió sorprendida, gruñendo, preparándose para un nuevo salto, pero en aquel mismo instante Rino hizo fuego.

El león lanzó un rugido escalofriante. Cayó un segundo, pero se volvió a levantar y saltó de nuevo, pero ya su fuerza estaba notablemente mermada. Quedó a tres o cuatro metros del español y éste disparó nuevamente. La fiera cayó como una masa al recibir un balazo entre ambos ojos.

La gente salió apresuradamente del bar, pero Rino se volvió:

— ¡Atrás! ¡Atrás todos! ¡No se muevan de ahí si no quieren perecer en las garras de las fieras! No se sabe cuántas han podido escapar.

Cruzó rápidamente el espacio ancho que separaba del pasamanos del borde de la cubierta y se asomó hacia abajo. El griterío era ensordecedor y las gentes corrían alocadas. Vio dos o tres manchas de color cruzar rápidamente, cayendo sobre indefensas personas, cuyos gritos de pavor eran instantáneamente acallados por la muerte que llegaba con los colmillos y garras, y sintió asimismo numerosos disparos. En el interior de "Vega II" reinaba el más absoluto desorden y todo eran carreras y alaridos. Muchos de los disparos se hacían al

buen tuntún, sin precisar la puntería en lo más mínimo.

Un grito de pavor le hizo volverse rápidamente y los cabellos se le erizaron al instante cuando vio un colosal pitón deslizarse de la cuarta cubierta que estaba encima de él. Sin vacilar un solo momento, disparó a menos de dos metros de distancia. La repugnante cabeza saltó en mil pedazos y el cuerpo acéfalo se agitó espasmódicamente como un látigo, esparciendo chorros de sangre por todas partes.

Los rugidos de las bestias, el coro de gritos y los frecuentes estallidos de los disparos continuaban "in crescendo". Por encima de su cabeza, dos pisos más arriba, una mujer aterrorizada, enloquecida, lanzó un frenético chillido y, para huir de las garras de una pantera, se arrojó al espacio. Pero como las cubiertas, a medida que descendían, sobresalían algo de la superior, Rino extendió los brazos y pudo asirla evitándola el estrellarse veinte metros más abajo. La fiera, que también había saltado, pasó como una mancha negroamarilla que se desvaneció en un segundo. Rino cogió a la mujer y la lanzó por los aires a los brazos de L'dyer, que estaba junto a Pat.

—¡Atendedla!—gritó, y se volvió porque había sentido el gruñir de una fiera muy cerca. Otra pantera se estaba arrastrando sobre su vientre clavándole sus encendidos ojos, disponiéndose para el definitivo salto. Los animales habían olido ya la sangre y habían retornado en poquísimos minutos a su estado selvático. Los megáfonos continuaban ladrando órdenes que casi nadie obedecía. Rino se echó el fusil a la cara y disparó.

Pero su precipitación hizo que la bala resbalara a todo lo largo del lomo del manchado animal, causándole una herida más dolorosa que efectiva, lo cual le enfureció más aún de lo que ya estaba. Rino lanzó un juramento y afinó la puntería. Su ojo derecho, el alza y el punto de mira coincidieron en una línea recta cuyo término era la cabeza del animal. Soltó el tiro.

Pero solamente se oyó un débil ¡click! El percutor había golpeado en vano, ya que las municiones se habían gastado y el español no tuvo tiempo para más que echarse a un lado y esquivar la primera y furiosa acometida de la pantera, una de cuyas garras se le llevó un trozo de camisa. Cayó al suelo e, inmediatamente, como si sus patas tuvieran ballestas, contorsionándose en el aire, volvió a cargar sobre el hombre.

Rino tenía ya su fusil asido por el cañón y descargó un golpe que no fue definitivo ni mucho menos porque, a pesar de todo la bestia cayó encima de él, derribándole. Sintió el agudísimo dolor que le causaban las garras al clavársele en la carne y percibió, hasta casi

asfixiarle, el fétido olor de la boca del animal, que babeaba, sedienta de sangre. ¡Instintivamente se puso el brazo delante de la garganta para protegerse. Sabía que una sola dentellada era más que suficiente para dejarlo cadáver.

Pero, en el momento en que la fiera iba a descargar el golpe, una sombra obscura saltó sobre ella. L'dyer se colocó a horcajadas sobre sus lomos y poniéndole una mano en la columna vertebral, cogió su garganta con la derecha, en tanto que con ambas piernas hacia una presa irresistible e indestructible sobre la fiera.

La pantera soltó a Rino y se revolcó por el suelo, lanzando atronadores rugidos. Pero el carinio no se desasía a pesar de los tremendos esfuerzos que hacía el animal y, por el contrario, aumentó más la presión sobre su cuello. La garganta empezó a ronquear y las patas del felino se agitaron espasmódicamente, impotentes, en el aire.

La cosa duró un minuto escaso, ante la ansiosa expectación de los presentes, a quienes pareció un lapso de tiempo interminable el que transcurrió desde que el carinio se había arrojado valientemente sobre el animal hasta aquel en que oyeron un seco chasquido, indicador de la fractura de las vértebras, chasquido que convirtió a la fiera en algo para pasar a las manos del disecador. Quedó en el suelo fláccida, inerte, y L'dyer se levantó de un salto.

Rino se le acercó y le estrechó fuertemente la mano:

—Gracias, L'dyer. Me has salvado la vida.

—En todo caso no he hecho otra cosa que pagar una deuda que tenía contraída hace tiempo — sonrió éste, y en aquel momento se acercó el cuarto navegante.

—Se han portado ustedes muy bien — dijo Pat—.

Gracias a su decidida actitud no han ocurrido más desgracias a bordo.

Los disparos y los gritos iban ya cesando paulatinamente. Pero era mucha la sangre derramada, y una de las personas que la habían vertido totalmente era Jacques Kersignac, el primer navegante del "Vega II'.

CAPÍTULO IV

Pitt Cadahan, José Villa y Pat Frederick, segundo, tercero y cuarto navegantes, respectivamente, de la espacionave, se hallaban sentados en la cámara del capitán Ramírez quien, mordiendo un puro, se paseaba nerviosamente. Por unos momentos el jefe se había permitido dejar "La Bola" vacía, navegando con piloto automático, porque aún tardarían un par de meses en dar el salto que les pasaría al espacio en que se hallaba Carina VII, su primera etapa en el larguísimo viaje interestelar. Siguiendo un rumbo recto y definido que no había motivos para que sufriera alteración alguna, Ramírez podía permitirse aquella leve transgresión de los reglamentos y así había convocado a sus oficiales. Un papel se agitaba entre sus manos, que no cesaban de moverse frenéticamente.

—Doce muertos y treinta y un heridos es el balance del descuido de un estúpido — gruñía, irritadísimo, el jefe—. La Compañía va a tener que agotar su cuenta corriente para pagar los seguros. Porque es que, además, hay que contar el valor de las fieras muertas y ese Hagenbeck de Hamburgo se queda solo cobrando "garants" por una miserable culebra.

—Aquí tengo el informe del oficial médico — continuó Ramírez —. Algunos de los lesionados son de bastante gravedad y ni siquiera la celulina es suficiente para curarlos. Sus heridas son demasiado hondas.

—Se olvida usted de un problema, capitán — dijo serenamente la muchacha—. No le he, mejor dicho, no se lo hemos planteado anteriormente porque había que restablecer primeramente el orden; pero, como no somos médicos ni sanitarios, no podemos ocuparnos de los heridos.

—¿Adónde quiere ir usted a parar, teniente? — masculló el capitán.

—Han pasado ya tres días terrestres desde que ocurrió tan lamentable incidente...

—¡Lamentable incidente! —bufó Ramírez indignadísimo—.

¡Llamar lamentable incidente a una matanza en masa!

—...y es hora — continuó Pat, imperturbable, sin hacer caso de la interrupción — de que usted tome una resolución con respecto a nosotros.

Ramírez se le quedó mirando con aire estúpido.

—No la entiendo — murmuró.

—Se lo explicaré con toda claridad. Antes de la muerte del infeliz Kersignac nuestro turno de guardia era de seis horas. Ahora es de ocho, ¿comprende?

El capitán no pudo contenerse y explotó:

—¡Lo comprendo, sí! Y, ¿de dónde quiere que yo saque un oficial de navegación? ¿Del cajón de la mesa, acaso?

—De donde le parezca, capitán — repuso Villa, con tranquilidad. Obligación suya es llevar un oficial de reserva. La muerte de uno de nosotros, cosa que, desgraciadamente ha ocurrido ya, está prevista por los reglamentos y ese oficial ha de ser substituido inmediatamente. Nosotros no le hemos dicho nada durante estos días, pero ahora ya ha vuelto todo a la normalidad...

—¡Normalidad!—bufó, congestionándose paulatinamente Ramírez—, ¡Normalidad con doce muertos que hemos arrojado al espacio y treinta y un heridos entre el hospital y sus cámaras!

—Es igual — dijo Cadahan, hasta entonces silencioso —. Búsquenos usted ese oficial navegante o, de lo contrario, se expone usted a que "La Bola" permanezca abandonada durante seis horas cada veinticuatro.

—Y procure que no pase cerca alguna patrulla de control. Lo pasaría usted muy mal si ello ocurriera— dijo Pat.

—No saldrían ustedes mejor librados — refunfuñó el patrón.

—Es igual — exclamó la muchacha —. Lo nuestro sería una simple sanción económica. A usted le costaría la retirada de la patente. Y ya me dirá de qué iba a vivir en la Tierra, teniendo en cuenta de que además le volaría el retiro.

— ¡Está bien! Márchense y que ocupe su turno de guardia el que le corresponda. De momento haré yo el de Kersignac en tanto hallo una solución.

Los tres navegantes se retiraron haciendo entre sí diversos comentarios y Ramírez se sentó desesperado ante su mesa. Cadahan, Villa y la señorita Frederick tenían, pero que muchísima razón, Debía haber llevado un oficial de navegación suplente, mas en sus naves nunca lo hubo, porque a Ramírez le había importado siempre muy poco violar las leyes y reglamentos, siempre que esas violaciones redundasen en provecho propio. Y la paga del citado oficial se la repartían siempre bonitamente entre él y alguien que estaba colocado en la oficina de pago de haberes de la compañía. El capitán nunca sintió el menor escrúpulo por falsificar una firma y, por otra parte, sabia entendérselas demasiado bien con las patrullas de inspección, para engatusarlos con cuatro chistes acompañados de medía docena de copas. Pero en este caso, el asunto era muy diferente. Sus oficiales se le habían plantado y le denunciarían apenas se topasen con una espacionave patrullera, ya que el que estuviera de guardia en "La Bola" vería detectarse inmediatamente el aparato y se pondría en contacto con él. Así, pues, juró y perjuró hasta quedarse prácticamente sin voz, y hubo de pasar un par de horas hasta que el recuerdo de un detalle ocurrido durante el combate de tres días antes le vino a la memoria. Y, apenas ocurrido, tomó el micrófono.

Aún hubo de esperar media hora hasta que vio aparecer ante él la elevada figura del ex primer navegante.

— ¡Vaya, vaya!—exclamó Ramírez, chancero—. ¿Quién iba a pensar que llevábamos a bordo a tan ilustre viajero? Rino González, uno de los mejores navegantes espaciales que teníamos. ¡Quién lo iba a decir!

Había un par de copas sobre la mesa. Ramírez continuó, adulador:

—¿Whisky? ¿Jerez?...

—Jerez; gracias — repuso Rino, silenciosamente.

El capitán continuó:

—Pues sí, González, sí. Yo siempre lo dije. Aquello que le hicieron fue una cochinada. Y no se crea que me limité a pensarlo, no. Lo dije y muy alto. Ya saben los peces gordos de la Compañía que tengo la lengua muy suelta y que le digo la verdad al más pintado. Por eso no me hicieron nada. A otro quizá no se lo hubiera tolerado. Pero a mí me oyeron hasta que les rompí los tímpanos. "Rino González — dije — pudo equivocarse. Han de tener en cuenta que es un hombre y no una máquina." ¿Sabe lo que me contestaron?

—No lo sé, ni me importa — repuso tranquilamente Rino, tomando un sorbo.

—"Cuando una máquina se estropea, se la substituye por otra. Y eso es lo que hacemos en el caso de Rino González." ¿Eh? ¡Qué le parece? Después de proporcionarles mundos nuevos y habitados como Carina VII, que ha sido un río de oro para los accionistas, le pegan una patada en salva sea la parte; total por un error de cálculo que les obligó a pagar unos cuantos millones de "garants" de indemnizaciones. Y llevan ya ganados miles de millones con el tráfico de turismo y mercancías hacia Carina VII, y viceversa. — Ramírez no cesaba de accionar y tomar sorbos continuamente de su copa. Gesticulaba como un energúmeno. — Siempre lo dije. Estar al servicio de "Viajes Extragalácticos, S. A." es encadenarse de por vida al banco del remero. Siempre latigazos y latigazos, y cuando ya no les sirves, ¡plaf!, te arrojan por la borda. Son unos...

—Capitán Ramírez — dijo Rino con reposo en su acento—. Supongo que no me habrá llamado aquí para hablarme mal de los jefes de la Compañía, ¿verdad?

—Hombre, yo... La verdad es que tenía verdaderas ganas de echar una parrafada con un amigo y me dije...

—Usted y yo no fuimos amigos nunca, Ramírez. Desembuche pronto y no me haga esperar más. Le conozco y sé que es un zorro. ¿Qué idea se le ha metido de repente en esa cabezota?

Ramírez se miró las puntas de los pies, luego se frotó pensativamente las uñas y, al fin, se tiró de cabeza.

—Le necesito, Rino.

Éste medio se incorporó por la sorpresa, pero el capitán del "Vega II" prosiguió:

—Le necesito — repitió—. Ya sabe usted lo que ocurrió: la estampida de las fieras y demás. El "demás" es que uno de los muertos fue Kersignac, mi primer navegante y necesito uno desesperadamente. No puedo arriesgarme a que se me eche encima una inspección y me encuentren con solamente tres oficiales de navegación. Sería mi ruina, ¿comprende?

Rino movió la cabeza afirmativamente. No era el único caso el de Ramírez. Más de un capitán había que se embolsaba la mitad del sueldo del navegante suplente, repartiéndose el resto con el personal burocrático que les ayudaba a hacer el fraude. La Compañía no ponía

mucho interés en investigar tales inmoralidades, debido a que nunca pasaba nada y, con tal de percibir altos dividendos, el cumplimiento de las leyes les traía sin cuidado. En caso de una más que hipotética multa, ésta caía a costillas del oficial infractor que, a fin de cuentas, era el responsable de la falsedad.

Denegó firmemente:

—No, capitán. No cuente conmigo. Usted se ha guisado este plato: cómaselo usted con o sin tenedor. Me es igual. Quedé muy harto de la profesión. Mal pagado, peor atendido... — se levantó y aplastó la colilla del cigarrillo contra el cenicero.

Ramírez saltó del asiento.

—¡Por el amor de Dios, Rino! Sea comprensivo y no me estropee mi hoja de servicios. Me expulsarán, me privarán del retiro, me...

—No siga, capitán. Es inútil. Eso son cosas suyas en las cuales yo no debo entrar ni salir. Recuerde, además, que no podría enseñar mi patente a los miembros de la patrulla. Me encerrarían a mi primero y me llevarían a la Tierra para una larga temporada a cuenta del Estado. Arrégleselas usted con los que le quedan,

—¡Pero es que no quieren! —clamó él capitán Ramírez patéticamente—. Si son ellos precisamente los que...

—Ya lo sé. Usted es un negrero y no le hubiera importado un pepino que a los tres que quedan se les hubiera recargado el servicio en dos horas más diarias. Ande y haga una guardia como ellos. Se pasa muy bien en "La Bola", ¿no?

Ramírez hizo una última tentativa:

—Le pagaré lo que me pida. Tengo una fortunita más que regular allá en la Tierra. ¿Quiere un compromiso escrito?

Pero Rino ya se hallaba en la puerta de la cámara. Lo único que dijo fue:

—Yo de usted me preocuparía de buscar el culpable de la suelta de las fieras. Los cierres de las jaulas no estaban forzados, sino "abiertos". ¿Comprende lo que le quiero decir?

Dejó tras sí un capitán estupefacto al mismo tiempo que helado de pavor y se metió en la jaula del ascensor, que le llevó hasta la cubierta, en la cual "vivía" durante su viaje por las estrellas, pero cuando ésta se detuvo, un súbito pensamiento cruzó por su mente y,

sonriendo, apretó el botón para descender al piso siguiente Una vez allí, tiró por un puente que formaba uno de los innumerables radios que se concentraban en la gran cámara donde estaba instalada la esfera de vidrio que constituía el mapa celeste y sintió alivio al ver que había acertado con el oficial de guardia.

Penetró en "La Bola" y un leve empujón de sus pies le llevó hasta donde se hallaba Pat, abstraída en el examen del rumbo.

—¡Hola! —saludó, y la muchacha le sonrió levemente.

—¡Hola!—dijo ella—, ¿Cómo se encuentra de sus heridas?

—Perfectamente. En cuanto a usted no es necesario, salta a la vista. Es el primer cuarto navegante a quien puedo llamar guapa sin que me tire una llave inglesa a la cabeza.

Las ondas sonoras vibraron argentinamente con la alegre carcajada de la muchacha. Ésta desconectó el magnetismo de las suelas y se acercó al lugar en que se encontraba el expiloto.

—¿Cómo marcha la navegación? — inquirió éste.

—Perfectamente. Con la monotonía del rumbo en el que no se espera ninguna alteración importante en dos meses al menos.

—Dentro de ese tiempo habremos de saltar al espacio de Carina VII, ¿no?

— ¡Uf... !—dijo ella, sonriendo agradablemente.

—¿Sabe que el patrón me propuso hacerle a usted la competencia, señorita Frederick?

—¿Cómo?

—Sí. Me dijo que si quería ser el navegante que le falta.

—Y usted le dijo que no, naturalmente — el acento de ella denotaba la leve decepción que sentía,

—Acertó, señorita Frederick. ¿O puedo llamarle Pat?

—Mejor será — sonrió ella—. Lo primero es considerarme como una solterona.

—Pues es de lo mejorcito que he visto en solteronas — rió él, y la muchacha se le unió en el buen humor. Pero no tardó mucho en adoptar una expresión más conspicua,

—Es una lástima — dijo—, que no haya aceptado. Verdaderamente me habría gustado tenerle por compañero. No es por el recargo de las dos horas de guardia, sino porque ese viejo usurero se hubiera tenido que rascar el bolsillo. Y ya era hora de que le ocurriera algo por el estilo, salvando lo desagradable de la muerte del pobre Kersignac.

Rino repuso:

—Ya se lo dije a él, Pat. Pero no tengo ganas de que me pesquen navegando sin licencia. Me costaría unos cuantos años de cárcel y no tengo el menor deseo. Precisamente ahora que me voy por una larga temporada a Carina VII.

—¿Ah, sí? —el rostro de Pat demostró el súbito interés que sentía, Rino comenzó a hablar y le contó toda la historia, cosa que ella escuchó complacida y que hizo que el tiempo les volase hasta que apareció por allí Pitt Cadahan a relevarla.

—¿Puedo invitarla a una copa en el bar? — sugirió él.

—Acepto — dijo Pat, echando a andar por la pasarela—, si me dice una cosa: ¿por qué le llaman Rino? No es un nombre corriente. Parece un apodo.

Pero él enrojeció.

—No se lo puedo decir... por ahora. Más adelante lo sabrá, Pat.

Ella no insistió y pasaron un buen rato conversando agradablemente y ampliando el conocimiento mutuo hasta que la muchacha manifestó sus deseos de retirarse a descansar. También Rino la imitó, pero cuando se retiró a su cámara, halló encima de la cama un paquetito muy bien hecho y que despertó su curiosidad.

Lo tomó en sus manos y lo sopesó. No parecía tener nada de particular, por lo que rasgó el papel que lo envolvía y apenas lo había hecho cuando al ver lo que contenía...

—¡Fiuuu...!—silbó admirado, contemplando el colosal fajo de "garants" que había allí. Cada billete tenía grabado un hermoso número 1.000 y habría al menos doscientos cincuenta de ellos, según calculó Rino con un rápido golpe de vista. Una tarjetita blanca se escurrió de la parte inferior del enorme fajo de billetes y cayó al suelo. Rino se inclinó y la tomó con el pulgar y el índice. Leyó:

Creo que esto será suficiente para decidirle a tomar el puesto del infortunado Kersignac. O, ¿quiere más todavía?

En aquel momento entró L'dyer y se quedó estupefacto al ver a su amigo con tan enorme cantidad de dinero en las manos. El español se apresuró a contarle todo lo ocurrido y el carinio se quedó muy pensativo.

—No lo entiendo — dijo al fin—. Cuando a un terrestre se le hace una proposición y no la acepta, se le intimida, pero nunca se le pone como cebo una fortuna. Al menos así suele pasar en todas las novelas policíacas. Esto va contra las reglas del juego y por lo tanto no es normal.

—Sí — murmuró Rino, en tanto que se desnudaba. Ya había colocado el dinero en el cajón de la mesita que les servía de escritorio —. Y que no procede del capitán Ramírez estoy seguro. Me ofreció dinero, pero no soltaría así como así doscientos cincuenta mil "garants", aun cuando tuviera encima la patrulla inspectora. Aparte de que, como es lógico, no los llevará encima.

Dormir, lo que se dice dormir, no lo consiguió Rino. El misterio de las jaulas abiertas; el ofrecimiento del comandante de la nave; el fajo de billetes y, por último, el delicado y delicioso rostro de la oficial navegante, formaron una zarabanda en su cerebro que le impidieron conciliar un sueño tranquilo. Pero, cuando al fin, ya se había sumergido de lleno en él, un ruido atronador le hizo ponerse en pie de un salto.

Se puso una bata y salió al exterior de la cubierta. Gritos y carreras precipitadas se oían más abajo. L'dyer se le unió, también sobresaltado.

—¿Qué ocurre?

Una densa nube de humo flotaba a cien metros de distancia, hacia el centro de la nave. El corazón se le paró a Rino al empezar a presentir algo muy desagradable. Todas las barandillas de las cubiertas estaban repletas de pasajeros, arrancados, como ellos, de una manera por completo inesperada a su tranquilo sueño. Varios tripulantes corrían hacia el lugar del siniestro y Rino se dijo que no podía permanecer allí quieto.

No utilizó el ascensor. Con un leve impulso saltó el pasamanos y cayó en la cubierta inferior, de donde pasó a un puentecillo que le llevó hasta la cámara de control cero. Un par de hombres sacaban un cuerpo, ensangrentado, con la cara horriblemente destrozada y al español no le hizo falta mucha imaginación para enterarse de que el "Vega II" acababa de quedarse sin primer navegante.

Pasó al interior de la cámara y allí sí que le aterrorizó lo que vio, porque "La Bola" ya no existía. Apenas si quedaría una tercera parte de la enorme esfera, destrozada por la explosión, cuya causa era absolutamente desconocida para todos.

En aquel momento sintió en el brazo una leve presión, y al volverse contempló el demudado rostro de Pat.

— ¡Qué horrible!—exclamó la muchacha, sinceramente apenada. También ella se daba cuenta del desastroso efecto que podía tener para la navegación del aparato la destrucción ele su medio de gobierno.

No podían hacer nada allí por el momento y Rino, comprendiéndolo así, pasó su mano por encima de los hombros de la muchacha y la encaminó a su cámara. Pero cuando él regresaba a la suya, se detuvo en seco. Un rostro conocido acababa de impresionar sus pupilas.

CAPÍTULO V

Lanzada por el negro espacio, "Vega II" navegaba a velocidades próximas a la de la luz. Doscientos noventa mil kilómetros por segundo; diecisiete millones y medio al minuto; más de mil millones en una hora; veinticinco largos en el día, siempre con el cómputo de tiempo terrestre, todavía habría de recorrer billón y medio de dichas unidades de espacio antes de que diera el salto que le llevara a las proximidades de la primera etapa de su viaje interestelar. El aparato caminaba indiferente a la tragedia que reinaba en su interior, en el que la mayoría de los pasajeros, conscientes del desastre que se había abatido sobre la astronave, se hallaban consternados, no tanto, quizá, como su capitán, quien lanzaba por su boca sapos y culebras, en tanto que se paseaba, como siempre que le ocurría algún desagradable incidente, por su cámara, teniendo a su presencia al tercer y cuarto navegantes, Villa y la muchacha. También, esta vez sin ser requerido, se encontraba allí Rino. Comprendía que, en el grave momento en que es encontraban, debía dejarse de consideraciones y coadyuvar en lo que pudiera a la salvación común. Había miles de vidas que

dependían de ellos y debían dejar a un lado consideraciones fuera de lugar.

—Rino — decía Ramírez—, usted es un experto. Tanto o más que yo. Aconséjeme, se lo ruego.

El español sonrió imperceptiblemente. Nunca pensó en que sus consejos fueran requeridos. Pero se encogió de hombros.

—¿Qué le vamos a hacer? Estamos sin medio de calcular nuestra posición en el espacio. Es cierto que podemos navegar a la estima, pero es dificilísimo, sin medios adecuados, calcular el instante exacto en que podemos saltar al espacio de Carina VII. Un simple error de medio minuto nos puede llevar a muchos millones de kilómetros de distancia de nuestro destino y perdernos en el espacio. Personalmente no me importaría, pero creo que la obligación de todos es pensar en el pasaje. Bastante soliviantados andaban ya con la estampida de las fieras para que ahora sepan que el primer navegante ha muerto y que "La Bola" no sirve ni para vidrios de ventanas. Todavía no ha pasado nada, pero debe irse haciendo a lo peor, capitán.

—¿Qué es lo que quiere decir? — inquirió éste, y Pat y Villa miraron con interés al español, quien continuó:

—Por ahora no pasará nada. Aunque nervioso, todo el mundo está relativamente tranquilo. Pero, a medida que el tiempo transcurra, el fermento de nerviosismo que sin duda existe irá aumentando sin duda alguna y temo que estallen desórdenes. No es la primera vez que ocurre en la historia de la navegación. Desde que el hombre viaja, lo mismo en buques de vela que en astronaves, cuando los medios no humanos comienzan a fallar, siempre hay insurrecciones y motines. No faltan los descontentos que empiezan a murmurar y a soliviantar a la tripulación y al pasaje y llega el momento en que... Bueno, ¿para qué seguir? Cuando yo me perdí en el espacio, estuvo a punto de ocurrir algo parecido. Suerte tuvimos de toparnos con Carina VII, pero no creo que hubiéramos durado veinticuatro horas más sin derramamiento de sangre, y entonces "La Bola" de mi nave estaba intacta, cosa que, desgraciadamente, no pasa ahora. La gente sabe que sin ese adminículo no se puede viajar con seguridad por el espacio y empezará a revolucionarse muy pronto.

—¿Cómo puede usted predecir tal cosa, Rino? — preguntó Pat.

Éste no quiso decir que había visto una persona a bordo que le era altamente sospechosa. Tampoco habló de la nota que le había llegado junto con el fajo de "garants". Se limitó a invocar su

experiencia, lo cual no dejó precisamente muy convencido a su auditorio.

—Y, ¿qué ocurriría si no logramos dar el salto en el momento exacto?

—Es difícil predecirlo, Pat. Lo más probable es que continuemos viajando en línea por el espacio durante toda nuestra vida… que no sería muy larga, y que la nave, después de convertirse en un gigantesco ataúd, proporcionaría un nuevo astro al Universo. No estamos sobre la Tierra.

—¿Qué es lo que quiere decir, Rino?—preguntó el capitán.

—En nuestro planeta, usted sale de Madrid y, caminando siempre en línea recta volverá al punto de partida. Aquí tal cosa es imposible. La línea recta no se acaba nunca: es un camino sin fin.

La verdad, tan elemental por otra parte, impactó fuertemente en los cerebros de los concurrentes, haciéndoles estremecerse. Como si hablara consigo misma, Pat musitó:

—Estamos en un atolladero.

—Eso creo yo — respondió el español —; pero, de momento, no podemos hacer otra cosa que esperar y vigilar constantemente. ¿Han conectado la señal automática de S.O.S.?

—Sí, desde luego — contestó Villa—. Lo hice yo mismo en persona. En cuanto me di cuenta dé la magnitud del desastre.

—Muy bien. Creo que no dejará de ser percibida por alguna nave patrullera. Ésta nos guiará hasta las proximidades de Carina VII. Otra cosa, capitán.

—Diga, González.

—Tenga usted siempre a mano la llave del depósito de armas. No le conviene que caigan en poder de los tripulantes. Serían nuestra ruina y ya nada podría salvarnos del desastre.

—Está bien. Villa, ocúpese usted mismo del asunto y recójalas todas.

—Sí, capitán — repuso el tercer navegante, saliendo y disponiéndose a cumplir la orden. Rino dijo:

—Yo me daré un paseo por ahí. Indiferente en apariencia, pero

procurando auscultar la opinión pública. ¿Viene conmigo, Pat?

—Sí, Rino — murmuró la muchacha, emparejándose con él—. Y, ahora — dijo ella cuando estuvieron solos —, ¿cuál es su opinión, Rino? Sinceramente, sin paliativos.

—Mala. Muy mala — contestó él lacónicamente.

— Si dentro de dos meses no damos con el punto exacto del salto, entonces sí que podremos decir que estamos perdidos.

Continuaron caminando y cambiando impresiones sobre el mismo y desagradable tema, pero inconscientemente dirigieron sus pasos hasta la destrozada cámara de control cero, la cual había sido ya limpiada y desembarazada de los estorbos que quedaran al ocurrir la explosión, Pat encontró instantáneamente algo raro allí y comunicó sus temores a su compañero.

—¿Qué le hace pensar en tal cosa, Pat? — inquirió él.

—No sé, no sé... — murmuró la muchacha pensativamente.

Rino se dijo que estaba soberanamente hermosa con el negro vestido de navegación. Una estrella de plata de cuatro puntas en cada una de sus hombreras indicaba su graduación. Para llegar a capitán de astronave habría de llevar cinco.

— ¡Ya está! —dijo ella de repente, pero su tono no era alegre precisamente.

—¿Qué es ello?

—Aquí debía haber un tripulante de guardia. Lo puse yo precisamente, con la orden de que no se acercara nadie y...

Calló bruscamente, con los ojos desorbitados por el horror. Estaban fijos en un punto y Rino siguió la dirección de su mirada, sin lograr ver nada. Pat se acercó rápidamente a un largo tablero de controles y manipuló frenéticamente en uno de ellos. El español comprendió rápidamente.

—¿Dónde hay un destornillador? — dijo al ver que una lamparita que debía titilar a regulares intervalos permanecía completamente silenciosa. Pat hurgó en uno de los cajones y se lo entregó al fin.

Cinco minutos después eran dos consternados viajeros siderales los que contemplaban con ojos espantados el amasijo de lámparas rotas y cables cortados y destrozados por todas partes. El emisor de la

señal automática del S.O.S. no servía ya ni para chatarra.

—Ahora sí que vamos al desastre — dijo la joven, abatida.

—Ahora es cuando salvaremos el pellejo— exclamó él decididamente—. ¡Vamos a ver al capitán!

La noticia de la nueva catástrofe lo derrumbó contra su sillón, perdida por completo su ya tambaleante moral.

—El tripulante ha desaparecido y en el plan en que estamos, lo más lógico es suponer que ha sido asesinado.

—Ha... ha podido terminar su turno...— sugirió débilmente Ramírez.

—Debería haber otro en su lugar. No. Eso no es posible. El que lo hizo, actuó a conciencia, destruyendo el emisor automático y luego cubriendo el tablero para que no se notase nada. Aquí hay un cerebro diabólico que, por alguna razón que ignoro en parte, está dispuesto a estropearnos el viaje, pero lo voy a desenmascarar muy pronto. Antes de lo que él se figura.

—¿Quién... es? —el capitán continuaba amedrentado por completo.

No hace falta que se lo diga por ahora. Déme la llave del armero. Tengo que hacer una visita y he de ir armado. No puedo correr el menor riesgo.

Ramírez obedeció.

—Haga lo que le parezca, Rino. Dejo... dejo el mando en sus manos. Seguiré siendo el capitán, pero sólo nominalmente. Le apoyaré en cuanto usted obre para el bien común.

—Gracias. Si de mí depende, me parece que muy pronto quedará solucionado el asunto.

Dio media vuelta y salió a todo correr hacia el depósito de armas, seguido, sin darse cuenta, por la muchacha. La nave en que viajaban era gemela de aquella última en que él fracasara como primer navegante y así llegó al lugar deseado en cuatro saltos.

—¿Qué hace usted aquí? — increpó a Pat al verla a su lado —. Puede correr peligro a mi lado — y abrió la puerta.

—Es uno de los riesgos de mi profesión — contestó ella

tranquilamente—. Y, por otra parte, recuerde que su autoridad es extraoficial. Debe haber alguien presente en la visita que piensa hacer, Rino.

Éste no dejó de reconocer que la muchacha tenía razón. Pero una rápida mirada al armero, le convenció de que faltaban algunos fusiles y pistolas. Había allí un intercomunicador y lo manejó, buscando al teniente Villa, hasta que dio con él.

—Haga el favor de venir — dijo simplemente. No podía sostener con el tercer navegante una conversación en público.

Entretanto, se procuró un cinturón con una pistola, cuya carga comprobó. Pudo haber elegido una de proyectiles eléctricos, capaces de fulminar a un hombre, con sólo rozarlo, pero prefirió una que disparase cartuchos de pólvora. El efecto psicológico de las detonaciones podía ser decisivo en un momento dado, y el maullido de una bala al rebotar sobre el metal, atemorizaba a un hombre mucho más que el leve chasquido del proyectil electrocutante al estallar al lado del blanco. Había que contar con aquello, fueron los pensamientos que cruzaron por la mente de Rino, y en aquel momento apareció Villa, a quien puso al corriente de cuanto ocurría.

—Yo recogí todas las armas —dijo el oficial—. Estoy seguro de ello.

—Pues después ha entrado alguien y se ha llevado una docena de fusiles y otras tantas pistolas. Tenemos que encontrarlas.

—Sí, ¿pero cómo? Sin contar al pasaje, hay más de trescientos tripulantes a bordo. Va a ser una tarea abrumadora — objetó Villa.

—Desde luego, pero no hay otro remedio. De momento lo que debe hacer... ¿Tiene confianza en alguno de sus hombres?

—Pues... sí, desde luego. Creo que podría reunir media docena de ellos, seguros a toda prueba. Voy a llamarles.

—Perfectamente. Procure obrar con disimulo, Villa. Tráigalos aquí y ármelos, sin explicarles más que lo indispensable. Dos de ellos que se queden aquí y que, por ningún concepto, abandonen la vigilancia de la armería. En cualquier momento pueden parecerles pocas armas a los presuntos amotinados e intentar un nuevo asalto. Dos hombres decididos pueden resistir mucho tiempo, sobre todo, si tienen fusiles y municiones en abundancia. Usted, con los restantes, puede ir iniciando el registro de todos los camarotes de los tripulantes.

—¿Qué piensa usted hacer mientras? — quiso saber Villa.

Rino sonrió enigmáticamente:

—Tengo que hacer una visita... de la cual pudiera muy bien salir la clave de todo este embrollo. ¿Vamos, Pat?

También la muchacha le acompañó. Rino comprendió que su presencia le era indispensable y así, tras una rápida mirada a la lista de pasajeros en la oficina del sobrecargó, subieron a la séptima cubierta llamando a la puerta del camarote 58 D.

—¡Adelante!—gritaron desde el interior, y Rino se aseguró de que su pistola salía con facilidad de la funda, cuya tapa había recortado previamente, para poder sacarla con más facilidad en caso necesario. Empujó la puerta.

—¡Caramba! ¡Pero si es mi amigo Rino González! — exclamó Héctor Zaldívar, suspendiendo la partida de póquer que estaba jugando con cuatro individuos más de no muy agradable aspecto—. Pase, pase. Quizá quiera sentarse un momento, ¿no?

—Gracias — contestó secamente —. Acompáñeme, señor Zaldívar.

—¿Que le...? — el rostro del requerido se endureció súbitamente-—. ¿Quiere decirme a dónde y por qué?

—Hay demasiada gente aquí para andar ahora en explicaciones.

—Me gustaría saber qué autoridad es la que representa usted a bordo, señor González — el acento sudamericano de Zaldívar no podía ocultarse.

—De momento la que me ha conferido el capitán para la investigación de ciertos hechos que están poniendo en peligro la seguridad de la nave.

—¿Me supone usted complicado en ellos?

—No supongo nunca nada. Actúo solamente a base de certezas.

—¿Qué certezas tiene, pues, de que yo soy uno de los autores de la muerte del primer navegante? Usted mismo se está contradiciendo.

—No estamos aquí para discusiones, señor Zaldívar. ¿Quiere acompañarme o...?

—¿Qué ocurriría si me negara? — entrecerró los ojos amenazador

amente y Rino se dio cuenta de que aquellos cuatro tipos se estaban poniendo en pie no con muy buenas intenciones. De modo que sacó la pistola, anticipándoseles.

—¡Quietos! —ordenó perentoriamente—. ¡Al primero que se mueva lo dejo seco de un balazo!

—Jefe —dijo uno de ellos—, ¿quiere que lo apiolemos?

Zaldívar sonrió desdeñosamente:

—No, gracias, Smiling. Volveré muy pronto... con todos los honores y la promesa de una demanda contra la Compañía por permitir tal insulto a un pasajero, y contra el señor González por atropello personal que no tiene califi...

—¡Basta ya de palabrería! — cortó, harto ya Rino. Salió y procuró que su prisionero marchara delante.

Pero en el momento en que iban a tomar la escalerilla que les conduciría a la cubierta inferior, resonó un fuerte grito de la muchacha, al mismo tiempo que el expiloto se sentía fuertemente empujado a un lado.

—¡Cuidado, Rino!

Éste percibió claramente el siseo de la bala, a continuación del estrepitoso restallido de la pistola. Rino concluyó el movimiento, dejándose caer totalmente y ya en el suelo se contorsionó volviéndose hacia el hombre a quien Zaldívar llamara Smiling, quien continuaba haciendo fuego. Los estampidos resonaban como latigazos. Una barra de hierro al rojo vivo pareció atravesar una de sus piernas, pero se mordió los labios para contener el dolor y, sin pensarlo más, disparó. .

Smiling abrió mucho los ojos al sentir en su pecho la quemadura del balazo. Sus dedos se aflojaron y la pistola chocó con metálico ruido contra el suelo. Cayó de rodillas, intentando sostenerse con ambas manos, pero al fin éstas le fallaron y su cuerpo, inerte ya, se estiró súbitamente. .

Rino se asió al pasamanos de la cubierta y se levantó trabajosamente. Tenía una pierna atravesada, pero el mismo dolor le indicó que no había fractura de hueso y sí solamente músculos lesionados. La sangre le corría más aparatosamente que otra cosa. Pero hubo de levantar de nuevo la pistola. Los otros tres individuos salían de allí con las suyas en sus manos.

Se detuvieron, sin embargo, cuando Zaldívar gritó:

—¡Nahed! ¡Pereira! ¡Silverio! ¡Quietos, estúpidos! ¿Quién os ha mandado intervenir?

—Es que... — comenzó a decir uno dé ellos, disculpándose.

El sudamericano cortó:

—¡Dejadme resolver mis asuntos a mi manera, idiotas! ¿No os dije que os estuvierais quietos? Ese animal de Smiling ha tenido lo que merecía. ¡Recogedlo!

Luego se volvió hacia Rino quien, dándose cuenta de que, por el momento no debía temer nada de los secuaces de Zaldívar, se estaba ocupando de su herida, ayudado por la muchacha.

—Gracias, Pat. De no haber sido por usted, no lo contaría.

—No ha sido nada de importancia — ella se refería a la herida—. Con un par de aplicaciones de celulina, quedará usted como nuevo. La bala salió con toda limpieza.

Rino se volvió hacia su prisionero, que sonreía satisfecho:

—Gracias a usted también, señor Zaldívar. Su intervención no pudo ser más oportuna.

El sudamericano se inclinó:

—En todo caso, el agradecimiento me lo deben mis hombres. Evité así que murieran todos. Tiene usted una puntería fantástica, capitán. ¿O le disgusta que le siga llamando de ese modo?

—Demasiado sabe usted que no lo soy — replicó el español con cierta aspereza.

Villa apareció súbitamente con dos hombres y sus respectivos rifles prevenidos.

—No es nada—dijo Rino, tranquilizándolos—. Un simple sedal. ¿Han encontrado algo positivo?

—Lamento decirle que no, señor González — contestó el tercer navegante —. Nuestras pesquisas, hasta ahora, no han podido resultar más infructuosas.

—Está bien. Continúen y no desmayen. De todas formas, en el camarote 58 D hay tres hombres a los que conviene desarmar. El muerto arrójenlo al espacio por el extractor de residuos — y ya se marchaba Villa con sus dos hombres, cuando Rino exclamó —: ¡Ah!

Envíeme al médico para que me cure.

Zaldívar no pudo contener una sonrisa:

—¿No decía usted que no era el capitán? ¿Cómo es, pues, que le obedece ese oficial tan disciplinadamente? Y, a lo que parece, la señorita también acata sus órdenes. ¿Qué misterio es ese?

—No quiero contestarle — repuso Rino de mal talante. Se sentó en el suelo, al ver al médico que ya aparecía dos cubiertas más abajo con un maletín en la mano.

—Soy un pasajero que ha pagado su billete y tengo perfecto derecho a saber...

—¡Usted es un sospechoso y en cuanto me curen lo voy a encerrar; no lo olvide, señor Zaldívar!

El sudamericano contrajo sus músculos, pero se calló. Ya se acercaba el médico quien, sin pronunciar palabra se arrodilló junto al herido. Rasgó la pernera de tela y desinfectó la herida. Luego sacó del maletín un tubo de boca ancha y muy plana, que colocó junto al orificio de la bala. Luego apretó y una cinta transparente y viscosa comenzó a fluir, solidificándose al instante con el contacto del aire. El médico dio la vuelta completa a la pierna como si se tratara de una venda y Rino advirtió instantáneamente el alivio que la celulina le proporcionaba. Se levantó, dándose cuenta de que podía caminar sin gran dificultad.

—Gracias, doctor — dijo, y echó a andar sin hacer caso de las protestas de su prisionero, a quien encerró con todo cuidado en una cámara contigua al armero, para que así estuviera vigilado por los dos hombres de guardia en aquel lugar. Pero apenas se había guardado la llave, cuando Villa se le acercó a todo correr, pálido, con el rostro enteramente demudado, como si hubiera visto a un fantasma.

— ¡Han matado al capitán!—gritó y Rino soltó un juramento que hizo enrojecer a Pat.

No era agradable el espectáculo que ofrecía el desgraciado Ramírez, Tenía la garganta abierta de oreja a oreja y su sangre manchaba el suelo. Rino no pudo contener una náusea y se retiró, cerrando la puerta, pero aún tenía la mano en el pomo, cuando súbitamente, encima de él estalló un disparo. Un grito de agonía se oyó a continuación.

CAPÍTULO VI

Aún tenía Rino la mano en el pomo de la puerta cuando tres cubiertas más arriba, en aquella en que se encontraba la armería, estalló un disparo. El ruido de la detonación coincidió con el alarido de agonía del hombre alcanzado por el disparo quien, venciéndose muy despacio por la barandilla de la cubierta, cayó.

Era un curioso espectáculo verle descender tan lentamente, a causa de la escasa gravedad —un cuarto de la terrestre — que reinaba en el interior de la astronave. Braceó frenéticamente y al fin se quedó quieto cuando su cuerpo fue detenido por el piso inferior que sobresalía un par de metros de aquel de donde había caído. Dos disparos más resonaron y al coro de voces e imprecaciones se unió repentinamente el agudo ladrar de una pistola ametralladora.

Como formando un eco de extraña factura, los chillidos de las balas al rebotar contra los mamparos metálicos siguieron al de la descarga. Luego, el silencio más absoluto cayó sobre el interior de la nave.

Pero duró muy poco. En seguida se oyeron alaridos y carreras precipitadas. El brusco cerrar de la puerta de una cámara sonó como un cañonazo. Rino, saliendo de la estupefacción en que había caído durante aquellos breves momentos, quiso echar a correr, pero un súbito pinchazo en la pierna herida le indicó que, aunque la celulina era una especie de panacea, no curaba, no obstante, mágicamente las heridas. A pesar de todo se requería cierto tiempo y aquello le obligó, mal de su grado, a frenar sus ímpetus.

Subió las escalerillas cojeando, observando al pasar los consternados rostros de muchos de los pasajeros que se asomaban por las entreabiertas puertas de sus camarotes. Al fin llegó a la armería y vio dos cuerpos tendidos en el suelo. Uno de ellos era el de uno de los tripulantes fíeles. El otro debía ser algún amotinado y su sangre manchaba el suelo. Los demás, si es que los había habido, se habían ausentado.

—¿Qué es lo que ha ocurrido? — inquirió Rino al que quedaba vivo.

—Vino un grupo de tripulantes exigiendo armas. Usted lo previó bien, señor—dijo el hombre—. Naturalmente, que mi compañero y yo nos resistimos, pero Shithians, así se llamaba el hombre, tuvo mala

suerte.

—Está bien — repuso Rino, de malísimo humor. E iba a continuar, pero unos golpes dados en la puerta contigua atrajeron su atención.

—¿Qué es lo que quiere usted, Zaldívar? — le preguntó cuando se vio cara a cara con él.

El sudamericano se apoyó indolentemente en el vano de la puerta:

—Espero que se haya dado usted cuenta de la barbaridad que supone el creerme complicado en la muerte del capitán, así como las anteriores.

—¿Cómo sabe usted que murió Ramírez? — la pregunta era lógica.

—Pues no gritaba que digamos el oficial que se lo comunicó a usted. Si casi le oyeron en la Tierra.

—Está bien. Le dejaré suelto, pero...

Zaldívar le señaló de repente con el índice, un punto situado a sus espaldas:

—Ahí tiene usted ocasión de poner en juego sus habilidades, "capitán". Veamos cómo se porta. El motín está en marcha.

Rino se volvió sobre sus talones como un rayo. Su mano voló hacia la pistolera, dándose cuenta de qué un numeroso grupo de gente caminaba hacia él. Al frente de los revoltosos iba un oficial, por cuyos distintivos conoció el español que era el sobrecargo, Hedickian Babaoussian, armenio de naturaleza.

—¿Qué es lo que quieren ustedes? — les increpó todavía a una veintena de metros, y el oficial alzó el brazo. Los hombres se detuvieron, pero los rifles y pistolas que llevaban empuñados continuaron amenazándole, como asimismo a cuantos le rodeaban y que no eran otros que Villa, Pat y los hombres fieles.

Pero antes habló Zaldívar:

—Déme un arma, González. Cuando va a haber jaleo me gusta usar algo más que los puños.

—Ahí tiene el armero. Elija a discreción —y el sudamericano se

coló de un salto dentro de la estancia para salir al instante con una pistola ametralladora de feo aspecto. Se colocó decididamente al lado de Rino, en tanto que éste parlamentaba con el jefe de los amotinados.

—Queremos volver a la Tierra — dijo Babaoussian—. ¿Dónde está el capitán?

—Muerto. Lo degollaron. El cadáver está aún en su camarote — replicó Rino.

—¡Eso no es cierto! —gritó el armenio—. Usted, de acuerdo con los oficiales navegantes, lo han secuestrado y se ha hecho con el mando de la nave. Queremos que sea el capitán Ramírez quien continúe al frente de todos.

—Usted se llama Babaoussian, ¿no es cierto? — preguntó suavemente Rino.

—¿Qué tiene ello de particular? — el sobrecargo avanzó desafiadoramente la mandíbula y Rino se prometió para sus adentros castigarla duramente a puñetazos a la primera ocasión que tuviera.

—Según mis recuerdos, no es éste el primer motín en que se encuentra, Babaoussian. Ya ocurrió algo parecido hace cuatro o cinco años en el "Cástor y Pólux", y creo haber oído su nombre en relación con ciertas cosas sobre las que luego se echó tierra prudentemente. ¿Acierto?

—¿Qué importa ello ahora? Si el capitán ha muerto, el mando debe recaer sobre el navegante más antiguo; en este caso el teniente Villa, quien nos llevará a la Tierra.

El aludido dio un paso al frente:

—Antes de morir el capitán resignó el mando en el señor González. Y yo hago lo mismo. Es el único que puede resolver la situación tan apurada en que nos encontramos. De volver a la Tierra, ni hablar. Nuestro destino es Carina VII y allí iremos — declaró con firmeza el tercer navegante, sin dejarse intimidar por el aspecto de los rebeldes.

—¡Bravo, Villa! ¡Así se habla!—elogió Rino—. ¿Ha oído usted, señor Babaoussian?

—El teniente Villa podrá resignar el mando en usted, pero nosotros también podemos no aceptarlo como capitán. Queremos ver a Ramírez.

—¿No le he dicho hace un instante que lo han matado?

El armenio curvó despreciativamente sus labios:

—Es una cosa que me gustaría comprobar — dijo.

—Envíe a uno de sus hombres. Así saldrá de dudas.

—Perfectamente. Una sugestión muy razonable, señor González. Babaoussian ordenó, sin quitar sus ojos de los del español—: ¡Kent!

—Diga, señor — contestó el requerido.

—Anda y comprueba la veracidad de las palabras de nuestro nuevo "capitán" — y subrayó despreciativamente esta última.

—Sí, jefe — el hombre echó a correr, y no perdió tiempo en usar las escaleras. Saltó de cubierta en cubierta para así llegar más pronto.

Fueron unos momentos de angustiosa tensión que al fin rompió la vos de Kent con la noticia más inesperada y absurda que pudieran escuchar todos los presentes.

—¡El capitán no está en su camarote, señor Babaoussian!

Rino saltó, estupefacto. Quiso dirigirse hacia la escalera, pero le detuvo la vos del sobrecargo:

—¡Quieto ahí, González! Dice el refrán que antes se coge al mentiroso que a un cojo y en esta ocasión la veracidad del dicho se ha comprobado plenamente. ¿Dónde está el capitán?

—¡Pe... pero... eso es imposible! ¡Si yo mismo lo vi con mis propios ojos! —Rino estaba desconcertado por completo. De repente se volvió hacia el tercer navegante, como buscando su confirmación. — ¿no es cierto, Villa? Usted fue el primero en participármelo.

—¡Claro, claro!—sonrió torcidamente el armenio—. Usted y el señor González están de perfecto acuerdo para hacerse con el mando de la nave y así servir a sus turbios fines. Pero no se saldrán con la suya. ¡Entreguen sus armas!—ordenó en tono vibrante.

—¡Un momento! — Rino extendió su mano izquierda, deteniéndolo. La derecha no se separaba da la pistolera—. Usted ha enviado un hombre a comprobar la veracidad de la muerte del capitán. Yo también tengo derecho a saber si Kent dice verdad o miente. ¡Pat! Hágame el favor de ir si camarote del capitán y vea si ese fulano obra rectamente.

Pero la respuesta de la muchacha no pudo ser más desalentadora:

— ¡Es cierto, Rino! ¡No está el cuerpo de Ramírez!

Aquello no cabía en la mente del español. La garganta abierta y derramando su sangre por la espantosa herida no era ningún espejismo. Él la había visto y no comprendía cómo...

La voz del armenio interrumpió sus pensamientos:

—Entréguese, González. Dese preso acusado del asesinato de Ramírez...

—¡Eso es monstruoso! Y solamente lo haré a requerimientos del teniente Villa a quien corresponde únicamente tomar tal decisión.

—El señor González no mató al capitán y por lo tanto me niego a detenerle — terció firmemente el aludido.

—Está bien. Entonces les apresaré a los dos y...

—¡Alto! No se olvide que, en todo caso, queda la señorita Frederick, y a ella es a quien compete el mando de la nave — objetó Rino.

—¡Aquí no manda nadie más que yo! —declaró con brutal franqueza el sobrecargo—. Los hombres quieren regresar a nuestro planeta y yo me hago intérprete de sus sentimientos.

—¡Adelante, señor Babaoussian! Vengan por nosotros... si se atreven — y en su mano, una décima de segundo antes vacía, apareció la pistola, encañonando firmemente al sobrecargo—. Un paso más y lo enviaré al infierno.

Las palabras de Rino causaron sensación entre los amotinados, algunos de los cuales se movieron inquietos. Pero alguien, más decidido que los demás, quiso terminar con aquella especie de "guerra fría" y calentar el ambiente más aún de lo que estaba. Un rifle se levantó de la segunda fila, pero el agudo ojo de Rino captó el gesto al momento y no le dio tiempo al revoltoso a usarlo. Su mano fue más rápida y el trallazo del disparo conmovió el aire.

El hombre soltó el arma, llevándose las manos a la cara. Exhaló un gemido angustioso y cayó hacia adelante. Y aquella fue la señal para que se desencadenara la batalla.

Resonó la potente voz del ametrallador de Zaldívar, que derribó unos cuantos amotinados, pero calló muy pronto cuando un balazo,

haciéndole girar sobre sí mismo, le tiró al suelo. Alguien saltó hacia adelante para apoderarse del arma, pero todavía estaba por caer al suelo cuando Rino, dándose cuenta del movimiento del rebelde, lo fulminó con un balazo que le penetró por la garganta de la que salió un caño de sangre.

El español creyó oír vagamente la voz de la muchacha en demanda de socorro, pero no pudo asegurárselo a sí mismo. Bastante trabajo tenía con el jaleo que se había organizado. Hizo un nuevo disparo y derribó a otro hombre. Las balas silbaban ominosamente y se preguntó maravillado cómo podían fallarle tantos y tan fáciles blancos a aquella distancia tan corta.

Pero rectificó al momento cuando su brazo izquierdo se le quedó dormido al recibir el impacto de una bala. La pierna herida también le falló en aquel preciso momento y sintió volarle un mechón de cabellos arrancados por un proyectil. De no haber sufrido aquel momentáneo desfallecimiento en la extremidad primeramente herida, el disparo le hubiera volado la cabeza, Furioso disparó dos veces seguidas contra el amotinado que había estado a punto de liquidarle y los proyectiles lo empujaron por encima del pasamanos, arrojándole a la cubierta inferior.

A su lado Villa lanzó un gemido angustioso. Una amplia herida le acababa de aparecer en el pecho, a donde se llevó la mano izquierda para retirarla al instante cubierta de sangre. Se arrodilló con un rojizo velo ante sus ojos, pero aún tuvo fuerzas para vaciar el cargador de su pistola sobre los revoltosos. Sin embargo, su mano se inclinó hacia adelante en sus últimos instantes y las balas hicieron sus efectos a causa del rebote más que directamente. Luego, muerto ya, se venció de cara al suelo, enrojeciéndolo con su sangre.

Rino disparó también furiosamente su arma, dándose cuenta de que las fuerzas se le agotaban poco a poco. Hizo caer unos cuantos amotinados, pero el principal aún estaba indemne y Baboussian, lanzando un grito de júbilo se precipitó hacia adelante, saltando con toda la potencia de sus músculos. Podía haber disparado desde aquella distancia, pero el armenio quería asegurarse un blanco perfecto, y en un segando se colocó a menos de tres metros de Rino quién, impotente, para otra cosa, le arrojó la pistola. Babaoussian se echó a un lado, riendo a grandes carcajadas y alzó la suya, El español vio perfectamente la negra boca del arma de la que salió al instante un vivísimo fogonazo.

Pero ante la inmensa sorpresa de Rino, no sintió ningún dolor. La bala no le hirió, sino que pasó muy alta por encima de la cabeza y en

el rostro del jefe de los rebeldes apareció instantáneamente una expresión de sorpresa.

Ésta se transformó en una mueca de dolor y de rabia y gritó horriblemente al mismo tiempo que, soltando el arma, se llevaba ambas manos al pecho en el que, después de trazar un plateado relámpago en el espacio, acababa de aparecer el mango de un enjoyado cuchillo. Sé agitó convulsivamente sin lograrlo, y en el mismo instante, una oscura mancha pasó de un salto ante los ojos de Rino, ya a punto de desfallecer,

L'dyer tomó el cuchillo que había arrojado tan oportunamente contra el armenio. Lo arrancó con grandísima facilidad y lo volvió a hundir una, dos, tres veces, hasta que una bocanada de sangre ahogó los gritos de Babaoussian, cuyos ojos giraron espantosamente en sus órbitas. El carinio lo empujó fuertemente y cuando el jefe de los amotinados cayó al suelo, no era más que un cadáver.

Aún hubo de actuar L'dyer. Se inclinó y tornó el fusil ametrallador que yacía al lado del inconsciente Zaldívar. Sin tomar puntería, sosteniéndolo por la cadera, apretó el disparador al mismo tiempo que lo movía en abanico. Terribles gritos de dolor se elevaron del último baluarte de los sublevados y cuando el percutor terminó su mortífera tarea, el lugar era solamente un cementerio. L'dyer tiró el ya inútil arma a un lado y acudió a socorrer a su amigo, que se había desmayado, pero en aquel momento le llegó hasta sus oídos un penetrante grito de mujer que le hizo cambiar de idea.

Se asomó por la cubierta y le bastó un simple vistazo para darse cuenta de lo que ocurría. Pat estaba luchando a brazo partido con el hombre que Babaoussian enviara a comprobar la veracidad de la suerte del capitán. El carinio se precipitó, saltando de cubierta en cubierta y, a diez metros de él, su cuchillo hendió el aire de nuevo.

El amotinado se envaró. Su cuerpo se distendió, como acometido de una tetánica convulsión. Sus manos buscaron inútilmente el arma que le robaba la vida y al fin, girando sobre sus talones, se derrumbó hecho una masa inerte.

* * *

El grupo de excitados pasajeros de la nave salió del ascensor y atravesó la pasarela que los llevó hasta la cubierta donde se hallaba la cámara del capitán. El más conspicuo de ellos llamó con los nudillos imperativamente y el propio L'dyer fue quien abrió la puerta,

—¿Qué desean? — pero se vio empujado a un costado por el brazo del hombre, quien, seguido por todos sus compañeros se coló de rondón en la estancia, sin más preámbulos.

Pat se puso en pie. Pero tanto Rino como Zaldívar permanecieron sentados, y no es que sus heridas se lo impidieran. Ambos estaban ya curados hacía tiempo y, según los cálculos, faltaban ya muy pocos días para saltar al espacio inmediato a Carina VII.

—¿Qué hacen ustedes aquí? ¿Quién les ha mandado llamar? — inquirió orgullosamente la joven.

—Nadie, en efecto. Hemos venido por nuestra propia voluntad — contestó el que parecía venir al frente de aquella especie de comisión —. Y lo hacernos porque, como pasajeros, tenernos perfecto derecho a que se nos dé una explicación de lo que pretenden hacer con la nave,

Pat miró a Rino como pidiéndole un consejo. Éste se decidió a hablar.

—No tienen ustedes por qué alarmarse, caballeros. Dentro de un par de semanas a lo sumo estarán ustedes ya olvidando todo lo que ha ocurrido en este desgraciado viaje.

—Puede. Pero mientras tanto, ¿qué es lo que se ha hecho para investigar les hechos? Murió el primer oficial, degollado por una fiera; Cadahan fue destrozado por la explosión que destruyó el aparato de astronavegación; Villa murió en la represión del motín y solamente nos queda como todo capitán, una mujer. Porque el capitán Ramírez, muerto o no, ha desaparecido, y no da señales de vida.

—Señor... — empezó a decir pausadamente Rino.

—Haggard, Jeff W. Haggard — contestó ásperamente el otro.

—Pues bien, señor Haggard, debe convenir conmigo en que una mujer es tan apta o más que un hombre para gobernar la nave. Hasta ahora y después de aquellos incidentes, la normalidad ha vuelto al aparato...

—¿Normalidad? — Haggard se echó a reír ásperamente —. ¿Sabemos acaso si vamos por el buen camino?

—Lo vamos — contestó Rino firmemente—. Y lo mejor que pueden hacer es retirarse a sus habitaciones y esperar el momento de la llegada. Solamente si nos perdiéramos, cosa que espero no ocurrirá, tendría usted derecho a hacer una reclamación. Entretanto, espero no obligue a actuar a la señorita Pat, de común acuerdo con los

reglamentos.

—¿Qué es lo que dicen los reglamentos en este caso? — Inquirió irónicamente Haggard, y ella le dio cumplida respuesta.

—Que están ustedes empezando a comportarse exactamente corno aquellos locos amotinados y, si me obligan a intervenir, será para encerrarlos bajo siete llaves y un centinela armado en la puerta. No lo olviden.

—¡Vaya!—se burló el hombre—. De modo que la señorita se siente capitán de verdad, ¿eh?

Llamearon de indignación los ojos de la muchacha. No se pudo contener. Dio un paso hacia adelante y su mano se estrelló contra la mejilla de Haggard, quien, furioso, prorrumpió en juramentos. Asió la muñeca que le había golpeado, pero en el mismo instante hubo de soltarla, porque el tremendo puñetazo que le largó Rino le dejó sin conocimiento en el acto. Luego éste se dirigió al resto de los pasajeros:

— ¡Váyanse de aquí! Procuren conservar la calma y la serenidad, si no quieren que ocurra una verdadera catástrofe. Estamos haciendo todos los posibles por salir de este atolladero y pueden estar seguros de que llegaremos a destino.

—Somos pasajeros y pedimos una explicación. No se ha hecho ninguna investigación sobre lo ocurrido...

—En todo caso no tengo por qué darles cuenta a ustedes de cosas que solamente me competen a mi — declaró ella, decidida.

—¿Y a esos tres hombres... sí?

—Los tengo junto a mí, porque sus cerebros valen infinitamente más que los suyos. Ninguno de ustedes se ha brindado a ayudarme. Se han encerrado en su feroz egoísmo y nos dejaron arreglar el asunto como pudimos. ¿Con qué derecho, pues, quieren intervenir ahora? ¡Váyanse! ¡Váyanse o les mando cargar de cadenas!

Haggard ya se había incorporado y se frotaba la mandíbula dolorida. Arrojó una malévola mirada sobre el cuarteto. Pero la última frase de la muchacha surtió sus efectos.

Sin embargo, las agoreras predicciones se cumplieron, porque cuando "Vega II" saltó del espacio en que se encentraba a aquel en que se hallaba el sistema planetario de Carina VII se encontraron con que se habían metido dentro de un negro saco de carbón. Allí no se veía ninguna estrella a menos de un año luz de distancia.

CAPÍTULO VII

— ¡Desconecte la gravedad, Pat!

—Desconectada, Rino.

—Está bien. Vamos a ver qué suerte tenemos ahora. ¡Allá va!

Si hubieran estado en el espacio exterior hubieran visto el fogonazo que substituyó a la astronave cuando ésta, retornando sobre sus pasos, regresó a un espacio inferior, con más luces que el primero al cual pasaran, pero en ningún modo el de Carina VII. Y a Rino no le hizo falta mucho tiempo para comprender la amarga verdad.

—Conecte de nuevo la gravedad, Pat. Usted por primera, yo por segunda, los dos estamos perdidos en el Universo y sin la más remota probabilidad de saber el lugar en que nos hallamos. La pérdida de "La Bola" fue algo irreparable.

—¿Qué hacer, pues? — preguntó ella. El tono de su voz no se había alterado ante el conocimiento de la crítica situación en que se encontraban.

—¿Cálculos — repuso él—. Cálculos y más cálculos hasta que demos con el lugar y tiempo requeridos. De momento lo que conviene es frenar, hacer que el aparato vaya decelerando lentamente hasta que le quede una velocidad terrestre. Esta que ahora llevamos es demasiado.

—De acuerdo, Rino — dijo ella y se aplicó a los controles, pulsándolos y enviando las correspondientes órdenes a las cámaras de energía. No era preciso siquiera sujetarse. La deceleración era tan suave que apenas si se notaba y ello únicamente porque estaban enterados. El resto de los pasajeros y tripulación ni se darían cuenta.

—-¿Dónde tiene usted las tablas de Weisserlaut? — dijo de pronto Rino. Ella buceó en una pequeña biblioteca y sacó un gigantesco librote lleno de complicadísimas fórmulas astronáuticas que alargó al español quien se sentó en una mesa con una cuartilla y un lápiz en la mano y quedó abstraído.

Trabajó durante largo rato, hasta que, de pronto soltó una exclamación:

— ¡Ya está! ¡Maldita sea!

Pat se levantó presurosamente:

—¿Qué ocurre, Rino?

—Fíjese en esta proposición. Es un error tipográfico nada más. Un error de una simple diezmilésima que ha sido suficiente para hacernos extraviar. Estoy seguro de que el ejemplar de las tablas dé Weisserlaut que tenía en "Nova Andrómeda" era de la misma edición. Así me pude perder y así nos hemos perdido ahora.

—¿Usted cree? — murmuró ella y Rino se echó a reír. Se sentía extrañamente contento.

—¡Naturalmente! Voy a formular el cálculo en la tabuladora automática y ella nos lo dirá con toda seguridad. El hombre es el único animal que tropieza dos veces en la misma piedra y ¿cómo iba yo a suponer, tanto aquella vez como ahora, que este libraco tenía un error? Nos fiamos de él y no comprobamos la veracidad de la fórmula, tomando la respuesta que da como buena. ¡Y pensar que sólo por una diezmilésima...!

Introdujo un rectángulo de cartulina en la calculadora, después de haberlo pasado por la perforadora numerada. Luego oprimió un botón y se oyó el crujido característico de centenares de ruedecillas, diales, circuitos y lámparas y controles en pleno funcionamiento. Treinta segundos después la cartulina era expulsada y Rino, después de una breve ojeada, lanzó un grito de júbilo.

— ¡Ya lo decía yo! En cuanto vuelva a la Tierra voy a entablar un montón de demandas. Contra la Compañía contra Weisserlaut contra el corrector de pruebas, contra el editor...Bueno, los voy a meter en un lío del que no van a salir en...

—¿No sería mejor aplicarnos a desenredar éste? — preguntó picarescamente la muchacha.

—Tiene usted razón, Pat. Pero es que me ha puesto tan contento el hallazgo. Bien. Vamos allá por tercera vez.

Pero tampoco aparecieron en las inmediaciones de Carina VII, y Rino juró disgustado:

—Esto que hacemos no es otra cosa que dar palos de ciego. Nos

pasa igual que al que ha vivido sin vista y de repente la recobra. No sabemos calcular las distancias exactamente. Pero ha de haber un medio de salir de aquí y...

Bruscamente comenzó a vibrar un aparato y el español dio un salto, acercándose al oscilógrafo. Lo examinó atentamente y luego exclamó:

— ¡Astropantalla!

Pat puso en funcionamiento el instrumento requerido, al mismo tiempo que hacía la oscuridad en la estancia. Un círculo de vidrio de unos dos metros de eje se iluminó espectralmente y un conjunto de puntitos luminosos apareció en la pantalla, rodeando a otro que se hallaba en el centro de los primeros y que parecía de mayor tamaño.

—Parece un sistema planetario del tipo solar — musitó la muchacha y Rino asintió. Contó mentalmente los cuerpos celestes y dijo:

—Hay una estrella que da luz y calor al sistema, y diecisiete planetas con un buen golpe de satélites a su alrededor. No es Carina VII porque éste tiene catorce planetas.

—Quizá su amigo L'dyer pueda identificarlo — sugirió Pat.

—Tiene usted razón y tomando el micrófono, Rino llamó al carinio, quien no tardó mucho en hacer acto de presencia en la sala de controles. Examinó atentamente la astropantalla, exclamando al fin:

—No quisiera engañarme mucho, pero juraría que, por la disposición de los planetas principales ese sistema es Zozya I. Hay otro, Rideria IX, que también tiene diecisiete planetas, pero no están colocados tan simétricamente en torno a su sol.

—¿A qué distancia se encuentra Zozya I del tuyo? preguntó Rino.

—Poco más o menos, a unos veinticinco mil millones de kilómetros.

—Es decir, a un día de distancia, si usamos la velocidad de doscientos noventa mil kilómetros al segundo — murmuró Rino.

—Suponiendo que ese, sistema que vemos en la astropantalla sea el que yo digo — objetó L'dyer—. Me lo parece, pero no me atrevería a jurarlo. No sé por qué extraña disposición, todos los sistemas planetarios de este rincón del Universo son muy parecidos.

—Está bien — repuso el español —. De todas formas no costará mucho el cerciorarse de ello. Atravesaremos por ese que tú supones Zozya I y seguiremos hasta Carina VII... si lo encontramos.

—Y, ¿en caso contrario?... — inquirió la muchacha.

Pero Rino se encogió de hombros. No encontraba la respuesta, y además algo llamó su atención en aquel momento. Un griterío que le llegaba de las cubiertas superiores. Salió fuera.

—¿Qué pasa? — preguntó a un tripulante que tenía allí de guardia y que era de los supervivientes que empleara el infortunado Villa.

—Parece ser que ahora son los pasajeros los que se amotinan, señor—contestó el hombre.

Entre el barullo de escandalosas proporciones, se podía distinguir perfectamente un grito que se repetía con mayor frecuencia que los demás:

— ¡Los botes salvavidas! ¡Los botes salvavidas!

Los miles de pasajeros, soliviantados por algún terror ignorado, se habían vuelto fieras ansiosas únicamente de su propia salvación y pisoteaban sin compasión a cuantos tenían la desgracia de caer al suelo. Los alaridos de los infortunados se perdieron entre el fenomenal vocerío y los más fuertes o los que tenían más suerte se acercaban al lugar en que se hallaban los botes salvavidas.

La frase era una redundancia de los tiempos de la navegación sobre el mar. Cada bote salvavidas de la colosal astronave era, a su vez, otra nave especial, con víveres suficientes para una corta temporada, capaz de contener, en un mínimo de sitio, un par de centenares de viajeros en caso de necesidad. El hombre de finales del siglo XX se hubiera dado con un canto en los dientes de poder contar con un aparato interplanetario tan perfecto corno aquellos que, en número de un par de docenas llevaba "Vega II", adosados al exterior, pero conectados con una exclusa de aire que, una vez ocupada la nave, se manejaba por control radial remoto. El combustible le servía para distancias de unos cien millones de kilómetros, ya que se suponía que en caso de necesidad se podría alcanzar fácilmente algún astro con probabilidades de vida humana, en tanto llegaba una expedición de socorro. Más éste no era el caso de la nave a cuyo cargo se encontraban Rino y Pat, puesto que, aparte de la destrucción de la esfera que les servía para los viajes siderales, todo lo demás funcionaba perfectamente y había víveres y combustible sobrados para

un par de años sin necesidad del menor racionamiento.

Pero dichos aparatos solamente podían ser manejados por especialistas y la mayoría de los pasajeros apenas si sabían manejar otra cosa que un cohete de superficie terrestre, esto en el más optimista de los casos. Aparentemente, el manejo de una astronave de cercanía, como los botes de salvamento, era fácil, empero la realidad era muy otra y a Rino no le cupo la menor duda de que el pasaje, enloquecido por las prédicas de algunos exaltados, caminaba a un total desastre.

—¡Conexión con la red general! —pidió, ya con el micrófono en la mano, y las de Pat se movieron velozmente sobre el teclado que enviaba la corriente eléctrica a todos los megáfonos.

—¡Atención! ¡Atención a todos los pasajeros y tripulantes! —bramaron los altavoces, dominando el frenético griterío. Estallaron un par de disparos y Rino se preguntó de dónde habrían podido salir aquellas armas. Nadie hizo el menor caso a sus exhortaciones. Desalentado, dejó el micrófono a un lado. Pat le sacudió por un brazo.

—¡Tenemos que hacer algo por contener la catástrofe, Rino! —jadeó la muchacha. Él la miró con infinita ternura.

—Es inútil — dijo—. Pero lo intentaré — y se ciñó el cinturón con la pistola. Cogió al tripulante que tenía a su lado y se lo llevó con él.

En la cubierta superior se encontró al sudamericano seguido de sus tres guardaespaldas que se le acercaron.

—¿Qué piensa hacer, capitán? — inquirió Zaldívar.

—No lo sé. No creo que pueda contener la estampida, pero debo intentarlo.

—Nosotros le ayudaremos, pero sin armas… —insinuó Zaldívar y Rino le arrojó la llave del depósito de armas, que el otro cogió al vuelo.

—¡Úsenlas con discreción!—le dijo, y al tripulante le indicó—: ¡Venga conmigo!

En dos saltos se encaramó a la quinta cubierta, que era en la que mayor número de naves salvavidas había El delirio más alocado parecía haberse apoderado de todo el mundo. Ayes, gemidos, imprecaciones, lamentos, maldiciones, formaban un coro de dantescos ruidos, capaces de impresionar al más firme de espíritu. Todos se

peleaban por encontrar un puesto en las pequeñas astronaves y la sangre corría en abundancia.

—¡Atrás!—gritó Rino— ¡Atrás todo el mundo! — y soltó un par de tiros al aire, para apoyar sus órdenes. La masa reculó un tanto y Rino aprovechó el psicológico momento para colocarse delante de la compuerta,

—No corremos peligro alguno. Quien tal diga es un propalador de infundios destinados a sembrar el terror entre los ocupantes de la nave y, en consecuencia y de acuerdo con los reglamentos, puede ser condenado a la última pena, sin apelación posible.

Un hombre se abrió paso a viva fuerza entre la multitud que parecía impresionada por las firmes palabras de Rino. Éste reconoció en el otro a uno de los acompañantes de Haggard.

—¡Usted aquí no es nadie! —gritó—. Solamente un pasajero como nosotros y no queremos morir a bordo de una astronave sin rumbo, perdida en el espacio.

Frases aprobatorias se elevaron de entre el grupo que tenía a sus espaldas, y Rino comprendió que, si no cortaba enérgicamente aquel brote de insurrección, corría peligro.

—No hay por qué preocuparse, amigos. Estamos muy cerca de un sistema que pertenece al mismo conjunto que Carina VII. Os pido solamente cuarenta y ocho horas de plazo. Es el tiempo que necesito para...

—¡Palabras, palabras y palabras!—bufó el otro—. Ya venimos oyendo lo mismo desde hace mucho tiempo. Queremos hechos; hechos que nos garanticen la llegada a nuestro destino. ¡Fuera de ahí!

Pero, si la gente pareció amedrentarse, no así ocurrió lo mismo con el amigo de Haggard quien, avanzando desafiador, intentó apartar de la esclusa a Rino, sin importarle, al parecer, poco ni mucho la pistola que éste tenía en la mano.

El español no lo dudó más: tenía que actuar o, por el contrario, sería arrollado por la masa. De modo que, en un movimiento relampagueante, imposible de seguir por la vista, el cañón del arma se alzó, para descender al instante siguiente, en demoledor impacto sobre la cabeza del más activo de los revoltosos, quien puso los ojos en blanco y se derrumbó como un saco a los pies del español,

—¡Largo! ¡Largo de aquí!—volvió a ordenar—. ¡Y tengan en

cuenta que la próxima vez no vacilaré en hacer fuego sin importarme las consecuencias!

La gente pareció resignarse y obedecer, mas en aquel instante se oyó un feroz chasquido y Rino notó inmediatamente la voraz succión del aire que se escapaba al vacío. No le hizo falta más para saber que una de las pequeñas astronaves acababa de arrancar del costado de "Vega II", pero su improvisado piloto se había olvidado de un elemental detalle: cerrar la esclusa y por allí, por una abertura de dos metros cuadrados se escapaba el aire a torrentes.

La esclusa era la inmediata a la suya y el profundo rugido del aire le indicó la potencia de la corriente establecida. Ésta tomó entre sus impalpables dedos unos cuantos y los arrastró hasta la salida, en medio de sus alaridos de espanto y agonía al darse cuenta de la horrible muerte que les aguardaba en el más espantoso de los vacíos, pero, hojas secas en aquel furioso vendaval, no pudieron resistirse y se vieron precipitados al vacío, en donde sus gritos quedaron acallados instantáneamente.

— ¡Los soldados automáticos!—gritó Rino, dándose cuenta de que era la única y más urgente solución para remediar aquel desastre. Pero no los podía manejar desde allí, por lo que, hendiendo la aterrorizada masa con tremenda fuerza, se asomó a la barandilla de la cubierta, haciéndose entender de Pat, más con el gesto que con las palabras. Y la muchacha no perdió tiempo en actuar, de modo que a los pocos segundos, los soldados correspondientes a aquella esclusa arrojaron ríos de una substancia plástica en estado líquido, que, al contacto con el aire, se solidificaba instantáneamente. No era más que un remedio de emergencia, mas, no obstante, serviría para contener la expulsión del aire respirable. La plancha que se formó primeramente comenzó a combarse peligrosamente, en una burbuja casi esférica, hacia el exterior, pero como los soldadores no cesaban de arrojar más líquido, sus paredes fueron engrosando hasta el punto en que ya no era de temer ningún escape más de la atmósfera interior de la nave.

Pero no se había concluido allí la cosa. Desde el sitio en que se encontraba, Rino pudo apreciar con toda claridad las luces rojas que indicaban, sobre las respectivas compuertas, que algunas naves de salvamento se habían precipitado al espacio. En cambio, en otros lugares, donde había hombres que no las sabían manejar, todavía se hallaban peleando con los mecanismos correspondientes y Rino temió la repetición de otra catástrofe como la precedente.

Corrió hacia allí, seguido del tripulante y de Zaldívar y los suyos que al fin se le habían unido. Soltando unos cuantos disparos al aire,

logró rechazar el alud.

—¡Zaldívar, mire a ver si puede contener los restantes!— gritó, y el sudamericano obedeció en el acto. Sus tres guardaespaldas le siguieron asimismo. Sonó un disparo y un hombre se desplomó con la cabeza atravesada. Zaldívar no andaba con palabrerías inútiles, y el efecto del tiro fue fulminante: los demás se dispersaron, abandonando su empeño. Pero Rino tuvo peor suerte. Alguien tenía en la mano una llave inglesa y la herramienta voló por el aire.

Rino la vio venir, pero ya era tarde. Solamente consiguió ladear la cabeza lo suficiente para que el impacto no se la abriera como una granada madura. Pero, de todas formas, el golpe fue tremendo y algo le estalló en el interior de su cerebro, al mismo tiempo que las piernas le fallaban.

Antes de perder el conocimiento, se sintió pisoteado, magullado, oprimido y creyose vagamente arrojado a un lado para no constituir un estorbo a quienes intentaban evadirse de una nave que ellos creían condenada a vagar eternamente por el Universo. Después una piadosa inconsciencia, una aliviadora sensación de descanso cayeron sobre él y se abandonó a tales sentimientos con grandísimo placer. Cerró los ojos, y ya no supo más de lo que estaba ocurriendo.

Se despertó mucho más tarde y lo primero que vio fueron los ansiosos ojos de Pat, velados en parte por las lágrimas. Sonrió diciéndole:

—No se preocupe más por mí. Estoy bien — y al decir esto intentó incorporarse. Lanzó un gemido —: ¡Uf!

—Le arrearon bien — río Zaldívar —. Pero tiene la cabeza muy dura. De lo contrario se la hubieran roto.

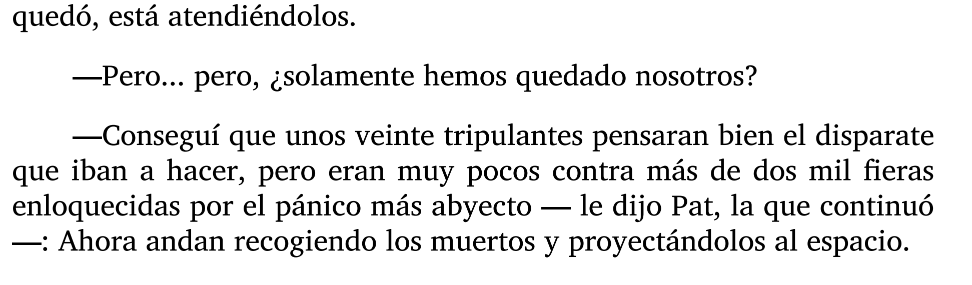
—¿Qué ocurrió por fin? — preguntó Rino.

—Nada — Pat bajó la vista—. Solamente que, por fin, lograron salirse con la suya. Las armas de fuego no fueron suficientes para detenerlos y nos han dejado sin una nave de salvamento.

Rino se apoyó sobre un codo en la litera a que había sido transportado. La noticia le dejó sin aliento.

—¿Es... es cierto eso?

—Desgraciadamente, así es — era L'dyer quien le contestaba—. Hay un montón de muertos. Heridos muy pocos y el médico que, afortunadamente, tiene la cabeza donde las personas deben tenerla, se



quedó, está atendiéndolos.

—Pero... pero, ¿solamente hemos quedado nosotros?

—Conseguí que unos veinte tripulantes pensaran bien el disparate que iban a hacer, pero eran muy pocos contra más de dos mil fieras enloquecidas por el pánico más abyecto — le dijo Pat, la que continuó —: Ahora andan recogiendo los muertos y proyectándolos al espacio.

—¿Y los impulsores de energía? — preguntó ligeramente amedrentado Rino.

—Afortunadamente marchan bien — le contestó la muchacha—. El tercer maquinista, Ffoyles es de los nuestros.

—Bueno — murmuró Rino —. La situación es bastante difícil, pero tampoco tenemos por qué desesperarnos. Todo es cuestión de paciencia. Podemos vagar por el espacio un par de años terrestres antes de que debamos preocuparnos. Esto suponiendo que no nos hallemos más cerca de Carina VII de lo que nos suponemos.

—¿Qué podemos hacer entretanto? — murmuró la muchacha. Él, medio echado todavía, le cogió una de sus manos y la palmeó suavemente.

—Si mi amigo L'dyer no se ha equivocado y ese sistema que tenemos tan cerca pertenece al grupo del suyo, nuestra salvación está mucho más próxima de lo que nos creemos. Por cierto, ¿qué velocidad llevamos ahora?

Pat meditó un segundo antes de contestar:

—Ciento setenta.

—Es demasiado. Hay que reducirla a velocidad de Tierra, o sea menos de treinta kilómetros al segundo.

—Está bien — repuso ella —. Voy a disponer la maniobra — y salió de la cámara.

Cuando se encontró en condiciones de mantenerse sobre sus pies, Rino abandonó el lecho. Aún le dolía mucho la cabeza, pero poco a poco se le fue pasando y en una hora estuvo en perfectas condiciones para gobernar la astronave. En el cuarto de control cero los aparatos iban marcando la proximidad a aquel sistema planetario, y las cifras en kilómetros — y en millas —, aparecían grabadas automáticamente. Unas cuantas proyecciones de estudio por medio del telespectrógrafo y los indicadores de oxígeno, le convencieron a Rino de que el planeta

que hacía el número nueve, a contar del sol de aquel sistema, era el más adecuado para la vida humana.

—Es del tipo Tierra uno cinco — dijo.

—¿Qué diablos quiere decir con eso? — preguntó Zaldívar, pues era un novato en astronáutica.

—Simplemente que es igual que nuestra Tierra, solamente que posee vez y media más atmósfera; y el tamaño y la gravedad están en la misma proporción. Es decir, que reúne las más perfectas condiciones de habitabilidad que pudiéramos imaginar existieran por estos parajes.

CAPÍTULO VIII

Decelerando paulatinamente, la astronave penetró en la atmósfera de "Incógnita IX", como habían convenido en llamar a aquel planeta vez y media mayor que la Tierra y en el que, de momento, dadas sus condiciones de habitabilidad, estudiadas por medio de los pertinentes instrumentos, habían decidido desembarcar hasta tanto buscaran una solución para el problema en que se encontraban, Quizá estuviera habitado por seres inteligentes y de tratarse del sistema vecino a Carina VII muy bien podrían entrar en contacto con ellos y hallar el modo de trasladarse al mundo de L'dyer, donde darían por terminadas todas sus tribulaciones. De lo contrario, no les quedaría otro remedio que remontarse de nuevo y continuar vagando por el espacio.

A pesar de que la nave estaba construida para permanecer acostada al lado de una base orbital, también podía aterrizar en tierra firme y Rino fue conduciendo la maniobra con suma habilidad, clavando sus ojos en el indicador automático de distancias, cuyas cifras se dibujaban, disminuyendo continuamente en una tira de vidrio deslustrado, a medida que iban perdiendo altura. Atravesó una espesa capa de nube y de repente frenó inesperadamente la marcha descendente. De no haberlo hecho se exponía a un grave accidente.

Después de atravesar un espesísimo banco de nubes, un espectáculo impresionante se les había presentado ante su vista.

Un colosal amontonamiento de montañas, de agudísimos y desgarrados picos, completamente cubiertos de nieve y de una altura espeluznante, increíble, les había salido al paso. Rino sintió una imperceptible vibración, que le indicó que, a pesar de sus esfuerzos, habían rozado con la cúspide de alguna de aquellas montañas, cuyo aspecto era realmente impresionante y, dando gas a los reactores inferiores se elevó unos cuantos cientos de metros.

En las pantallas de observación aparecía aquel mundo como si estuvieran asomados a una de las portillas exteriores, y su aspecto no podía ser más desgarrado. Parecía como si, en el transcurso de alguna descomunal revolución geológica, todo se hubiera visto congelado, cubierto instantáneamente por la nieve, quedándose inmóvil, sin completar totalmente su transformación.

¡Fantástico!—exclamó Pat, subyugada por la maravillosa vista.

—A simple vista calculo que la más baja de estas cumbres debe medir tres veces la altura del Everest. Unos veinticinco mil metros cuando menos — dijo Rino. Altísimas agujas, deslumbrantes de blancura, reflejando cegadoramente los destellos de un sol por completo parecido al que hacía vivir a la Tierra, surgían por todas partes, como muda protesta contra las convulsiones que las había formado. Pero el lugar, aunque ideal para los alpinistas, era completamente impracticable para aquellos perdidos astronautas, por lo que Rino ganó aún un par de miles de metros de altura, con suavidad, sin sacudidas y, aun a costa de derrochar cantidades ingentes de energía, fue navegando por encima de aquel mar de gélidas montañas que se perdía por completo en el horizonte.

—Esto debe ser el Polo, Norte o Sur, de este mundo — murmuró Zaldívar, a su lado.

—Es lo más probable. Y además debe tener una extensión infinitamente superior a los Polos terrestres. Fíjese que todo el horizonte, aun desde esta altura, está blanco por completo.

—No me gustaría aterrizar aquí forzosamente — dijo L'dyer.

—Sería la muerte del que le ocurriese tal infortunio— coincidió con él la muchacha.

Para salir cuanto antes de aquel lugar, Rino aceleró la marcha de la astronave, pero no podía correr mucho debido a que la forma de la misma era la antítesis de lo aerodinámico, ya que estaba construida para viajar por el espacio en que no había ninguna resistencia gaseosa que se le opusiera. De modo que aún hubieron de pasar unas cuantas horas antes de que la gigantesca cadena montañosa fuera cediendo en altura y ganando en llanas soluciones de continuidad. Más, de todas formas, allí la vida era imposible, al menos durante un largo período de tiempo. Una proyección térmica les indicó que la temperatura media, al nivel más bajo, era de cincuenta grados bajo cero y solamente con equipos especiales, trajes aislantes del frío, sería posible vivir.

—Tendremos que continuar explorando — sugirió Rino, y todos cuantos estaban allí aprobaron sus palabras.

Poco a poco fueron perdiendo altura y al fin un suspiro de satisfacción ahuecó todos los pechos, cuando alguna mancha verdosa comenzó a verse alternar con las nieves. Y. de repente, una lejana barrera neblinosa ocultó todo el horizonte.

—¿Qué será aquello?—preguntó Pat.

—Pronto lo sabremos. El aspecto es el de la típica evaporación de una zona pantanosa.

—Pues tiene que ser de un tamaño más que colosal.

—Desde luego. Y como corresponda al de la zona polar, ocupará el resto de este mundo.

Lentamente se fueron acercando a aquel lugar. Ya el suelo a sus pies, era completamente verde, pero sin la menor sombra de bosques. Parecía una infinita pradera, de hierbas bastante altas y solamente estaba limitada en dos sentidos: en el de la zona nubosa y en el de los hielos. Los otros dos lados no existían, sencillamente, y a juzgar por la apariencia debía ser una colosal banda de verdor que abrazara a todo el planeta.

Aun teniendo el suelo oculto por los espesos vapores, Rino, mediante una proyección espectrográfica, se dio cuenta de que, en efecto, aquello que tenían bajo sus pies, no era otra cosa que un descomunal pantano, cuyas dimensiones, en lo largo y en lo ancho eran imposibles de calcular, a no ser que se remontaran unos cuantas centenares de kilómetros. El español, de acuerdo con los demás, decidió volver sobre sus propios pasos y tornar tierra en la pradera que parecía ser la zona más adecuada a la vida, pero en aquel momento se oyó un sordo ruido, proveniente de las entrañas de la nave y ésta se tambaleó alarmantemente, inclinándose unos 45 º grados. A su pesar, todos resbalaron, golpeándose contra los salientes de los tableros y mesas del cuarto de control cero en que se encontraban.

—¡Hemos perdido la sustentación!—gritó alguien, y Rino, haciendo un poderoso esfuerzo, consiguió llegar al tablero de mandos, en el que oprimió frenéticamente los de ascenso sin obtener resultado práctico alguno.

A pesar del colosal tamaño de la nave, el ominoso silbido del viento desplazado en la rápida caída pudo percibirse desde allí. Soltando un enérgico reniego, el español intentó contener aquella precipitada caída desde más de cuatro mil metros de altura, consiguiendo únicamente poner en funcionamiento un escape de freno, que disminuyó un tanto aquella enloquecida velocidad, mas sin lograr, no obstante, enderezar la torcida posición del aparato. Su vista se clavó en el altímetro y vio, consternado, cómo las cifras, cuyo valor iba disminuyendo a medida que descendían, iban siendo substituidas prontamente. Menos que antes, desde luego, pero sí con la suficiente rapidez como para no hacerse muchas ilusiones acerca del resultado

final.

Resbalando por aquel plano inclinado, logró acercarse al micrófono y sus dedos establecieron el contacto general. Quedaban unos veinte tripulantes desplegados por la inmensa amplitud de la astronave y era preciso advertirles de lo que ocurría.

— ¡Atención! ¡Atención a todo, el mundo! ¡Caemos hacia tierra y no se puede frenar más el descenso! ¡Sujétense sólidamente a los asideros que tengan más cercanos! ¡Avisaré el momento exacto del contacto con el suelo!

Se dejó caer, sin soltar el micrófono, hacia las proximidades del contador de altura y fue dando las cifras con una serenidad pasmosa, más exterior que interior, desde luego, pero se había dicho que no convenía alarmar más a los pasajeros de lo que ya lo estaban.

—¡Dos mil! ¡Mil ochocientos! ¡Mil seiscientos...! — sin que le temblara la voz en lo más mínimo fue leyendo las cifras en metros que aparecían en la pantalla del altímetro. Miró hacia donde estaba Pat y le sonrió para animarla. Ella le correspondió débilmente. La muchacha estaba pálida; pero, si sentía miedo, procuraba no demostrarlo. Rino volvió la vista a la pantalla. La altitud había bajado ya del millar. Por la de observación no se veía otra cosa que una espesa nubosidad que impedía por completo la visibilidad.

Apretó los dientes cuando vio desaparecer el número cien. Y casi inmediatamente se oyó el enorme ruido que hizo el aparato al chocar contra la superficie del planeta que en aquel punto, y afortunadamente para los viajeros siderales, cuyo camino por los espacios había encontrado un inesperado final, era líquida, a juzgar por el chapoteo que se oyó. Sintieron cómo se hundía en el agua, que no podían ver por la pantalla y luego ascendía suavemente la nave hasta quedar reducido su movimiento a un balanceo que fue cesando paulatinamente hasta inmovilizarse en absoluto.

— ¡Gracias a Dios! — suspiró L'dyer—. Debemos salir al exterior a echar un vistazo a esta "Incógnita IX".

—¡No! —dijo Rino, decidido—. Antes me gustaría saber por qué hemos caído. Este desastre no ha sido lógico, sino provocado. No tenía por qué fallar la energía que nos sostenía en el espacio.

Comprobando si su pistola estaba en perfecto estado de funcionamiento, echó a correr. Ahora que ya estaba en un mundo cuya gravedad era un cincuenta por ciento mayor que la de la Tierra, después de tanto tiempo de no sentirse pesado, caminaba con cierta

dificultad. Pero se dijo que no tardaría mucho en acostumbrarse a los ciento veinte kilos que pesaba ahora, contra los ochenta normales que siempre había pesado. Por ello tardó en llegar a la cámara de máquinas de energía con más lentitud de la que calculara y una vez allí quedose jadeando por motivos.

El primero fue el inusitado esfuerzo que había hecho para correr con gravedad y media. Y el segundo fue el desconsolador espectáculo que se le ofreció a la vista. Todos los tubos de energía estaban destrozados a martillazos y únicamente había uno que resistió a medias los efectos del loco que había cometido tal disparate, merced a lo cual la caída del "Vega II" no había sido tan catastrófica como se pretendiera.

Pero aún había otro motivo para que Rino también perdiera el aliento; el destrozado cráneo del tercer maquinista, cuya sangre enrojecía el suelo en torno a su cuerpo en aspa.

Algo llamó la atención de Rino. Algo que una de las manos del muerto sostenían entre sus ya fláccidos dedos y se inclinó, examinándolo con ojos desorbitados por el asombro. ¿Sería posible...? Mas, oyendo pasos muy cerca, se guardó aquel objeto en el bolsillo y procuró que Pat no viera el desagradable espectáculo.

—El asesino, quienquiera que fuera, no ha podido huir — declaró Rino con firmeza—. Debe, por tanto, hallarse en el interior de la astronave.

—Entonces lo que se impone es su rápida búsqueda, ¿no es así? — sugirió el sudamericano, que parecía preocupado.

—Desde luego. La nave es grande, pero no creo que haya ningún rincón que pueda pasársenos desapercibido, sobre todo si iniciamos una operación de modo sistemático.

—Habremos de armar a los tripulantes que quedan. No podernos dejarles correr ningún riesgo con ese loco a bordo — dijo Pat.

—Me parece muy bien en principio — murmuró Zaldívar, acariciándose pensativamente la mandíbula —; pero, ¿no será alguno de ellos el criminal?

Rino contestó al cabo de unos segundos de meditación:

—No lo creo así. Y, en todo caso, si lo que pretendía el loco que ha cometido tantos crímenes, era la destrucción de la espacionave, ya lo ha conseguido. Además que no nos queda otro remedio que

arriesgarnos.

Sin embargo, la búsqueda que duró media docena de agotadoras horas, no dio el menor resultado. El asesino se había, esfumado corno por arte de magia, y un detenido estudio de todos y cada uno de los tripulantes que habían preferido quedarse en "Vega II" antes de correr el albur de perderse en el espacio, convenció a Rino de que ninguno de ellos pedía ser culpable. Quizá Zaldívar... Pero en el momento de ocurrir la muerte del tercer maquinista lo tenía a su lado. Claro es que muy bien pudiera haber sido uno de sus tres hombres, mas no creyó nunca que al sudamericano le interesara la destrucción del aparato, sino, en todo caso, hacerse con él, por algún motivo que ignoraba de momento. Le seguía suponiendo autor del envío de la nota y del fajo de "garants", pero no había mostrado después el menor interés por dicho asunto, dándolo al olvido más absoluto.

—¡En fin! —dijo—. Creo que lo más conveniente ahora es explorar los alrededores y ver de buscar un terreno firme sobre el que asentar un radiofaro que emita una señal constante de socorro. Es la única probabilidad, muy remota, que nos queda. Lo mismo puede pasar una astronave a una distancia suficiente para captar la señal, que quedarnos aquí para toda una eternidad.

—Unas palabras muy acertadas, capitán — convino sonriendo .Zaldívar —. ¿Vamos? — tenía el rifle terciado sobre el hombro.

—¿Será respirable el aire exterior? — interrogó L'dyer.

—Sí. Así lo demuestra el detector de oxigeno. La atmósfera de "Incógnita IX" tiene in uno por ciento más que la da La Tierra, de modo que no notaremos diferencia alguna apreciable. Bien, creo que, como hablar, ya hemos, hablado bastante. Vamos fuera y una vez que hayamos encontrado el emplazamiento del radiofaro volveremos a la nave para construirlo.

— ¡Un momento! —sugirió Pat—-. Yo no salgo sin llevarme de aquí a "Sirio".

Todos quedaron sorprendidos al oír las palabras de la muchacha.

—¿A "Sirio"? — Rino había olvidado por completo al mastín.

—Sí. El difunto capitán Ramírez, después de la estampida de las fieras, me ordenó encerrarlo. Me dijo que la sola vista de un bicho de cuatro patas le ponía enfermo.

La observación de la muchacha hizo reír a los presentes y aquello

descargó un tanto la tensión nerviosa que flotaba en el ambiente. Fumaron plácidamente en tanto que ella ascendía a la cubierta de jaulas, y la vieron desaparecer en ella. Pero, apenas había ocurrido tal cosa, cuando de repente les llegó un grito penetrante, más de susto que de miedo o pavor.

El grito se repitió y a continuación estalló un tiro. Después resonaron una serie de furiosos ladridos procedentes de la irritada garganta del mastín. Luego, el silencio más absoluto se abatió sobre la cubierta de carga.

Rino no lo dudó más. Empuñando la pistola, corrió, seguido de L'dyer, Zaldívar y alguno más, y trepó por las escaleras con inusitada rapidez. Llegó arriba y el corazón se le paró al ver a la muchacha inerte en el suelo. "Sirio", a su lado, la lamía el rostro y gemía lastimeramente.

El español se inclinó sobre la desmayada mujer y notó con evidente alegría que el corazón seguía latiendo. Vio un cárdeno trazo sobre una de las sienes y no dudó de que el asesino no había vacilado en disparar sobre ella. Afortunadamente su puntería había dejado bastante que desear, pero el choque de refilón de la bala la había privado del conocimiento, que recobró cuando apareció el médico con su indispensable maletín y contuvo la pequeña hemorragia con una leve aplicación de celulina. Un sorbo de licor acabó por reanimarla y los hermosos ojos de la muchacha reflejaron todo el pánico que la poseía.

—¿Qué la ocurrió, Pat? — preguntó Rino.

—El... el asesino me vio y... como no me esperaba quiso matarme. Disparó contra mí y a no ser por mi fiel "Sirio"... ¡Oh! ¡Ha sido espantoso! ¡Me creí morir!

—¿Lo conoció usted?

Los ojos de la muchacha se abrieron aún más.

Sus hombros se agitaron en incontenibles sollozos, al mismo tiempo que exclamaba:

—¡No! ¡No puede ser él! ¡Está muerto!

—Pero, ¿de quién se trata? — interrogó impaciente el sudamericano.

—¡Lo mataron! ¡Lo degollaron! —Pat no salía de aquello y Rino hubo de dedicar todos sus esfuerzos a calmarla.

Lo consiguió al fin, no sin la ayuda del doctor, y preguntó de nuevo:

—Vamos a ver, Pat. Ahora está fuera de peligro. Díganos de quién se trata.

—¡Es horrible! ¡Creí ver un fantasma! Nunca pensé llevarme un susto tan horrible. ¡El capitán Ramírez vive, resucitado...!

—¡Imposible!—exclamó Zaldívar—. ¡Pero si le cortaron la garganta de oreja a oreja! La época de las resurrecciones ya pasó.

—Pues yo le vi el rostro tan bien como le estoy viendo el suyo ahora — insistió la muchacha —. Y no me equivoco, porque en quien menos pensaba era en él. De haber estado sugestionada, se hubiera podido decir que se trataba de una alucinación, pero no es cierto. El capitán Ramírez se dio cuenta de que yo le había reconocido y disparó a matarme. Gracias a "Sirio" que le hizo huir no lo consiguió.

Rino miró al médico y éste le hizo un gesto de asentimiento. Convenía, por el momento, llevarla la corriente, hasta que se la pasara la tremenda excitación nerviosa. La dio una tableta sedante desleída en un vaso de agua, que ella tomó con avidez. Un par de minutos después dormía plácidamente, y Rino la tomó en sus brazos.

—Yo he de salir, L'dyer-— dijo a su amigo el carinio —. ¿Quieres vigilarla el sueño?

—Puedes confiar en mí — repuso sencillamente el hombre-marrón, y el mastín se le unió. Rino sonrió para sí, diciéndose que ambos formaban un magnífico binomio, dificilísimo de desarrollar. La dejó en la primera cámara que encontró al paso y luego dijo:

—Señor Zaldívar, creo que ha llegado la hora de explorar los alrededores. Equipémonos y salgamos cuanto antes.

—O.K., patrón — repuso el sudamericano de excelente humor.

Pero, cuando se asomaron al exterior, una pesada losa de plomo pareció abatirse sobre ellos. Apenas si veían el suelo, a pesar de hallarse a menos de diez metros de altura. Constantes vapores se elevaban del lecho de barro semilíquido en que yacía la espacionave, y un fétido olor de putrefacción llenaba el ambiente, hiriendo desagradablemente todas las pituitarias. El silencio era absoluto, a excepción del constante "¡glub! ¡glub!" de las enormes burbujas que reventaban pesadamente en el grisáceo fango del pantano. Y cada vez que ocurría una cosa de aquellas, salía de su interior una espesa nube

amarillenta que iba a engrosar la ya densa capa de vapores que apenas si permitía la visión a quince metros de distancia. No se veían árboles apenas. Sólo troncos retorcidos en fantasmagóricas posturas, como espectrales recuerdos de un mundo que había sido y estaba muriendo continuamente.

CAPÍTULO IX

—¡Santo Dios! — exclamó Rino—. ¡Vaya un lugar de pesadilla!

Realmente lo era y el burbujeo del fango del que se desprendían incesantes vapores, contribuía a hacer aún más tétrico el ambiente, lleno por completo de espesísimas nubes que ascendían muy lentamente sin que la menor ráfaga, de viento disipara aquella amarillenta neblina, de un insoportable olor fétido.

Rino se fijó en que, a veces, las burbujas no parecían naturales, sino provocadas por alguna causa bien distinta de la formación de gases, como si algún desconocido y horrendo ser morase en el fondo del fangoso pantano, mas no pudo asegurarlo y se dijo que tal vez fueran ilusiones o aprensiones suyas. Pero se volvió al oír la voz de Zaldívar a sus espaldas.

—¿Y bien?

—Pues...—Rino se rascó la cabeza indeciso—. Es difícil saber lo que debemos hacer.

—Buscar un islote firme donde asentar el radiofaro, ¿no?

—Sí. Eso es, pero...

—Explíquese de una vez, González — le apremió el sudamericano.

—Digo que salir de aquí puede ser relativamente fácil, pero el regreso ya es otro cantar. No sabemos si una brújula terrestre puede servirnos en este planeta. Y a veinte metros de aquí, es imposible ya

ver la nave. Tendremos que construir varios emisores de microondas e instalar uno aquí, otro en el bote que nos sirva para buscar la tierra firme, y el tercero colocado en la pradera que vimos antes de naufragar y que será el que nos sirva para lanzar señales al espacio, y ello nos llevará algún tiempo sin duda alguna.

—¿Cómo? ¿Es que no tiene usted aparatos capaces de tal cosa en la astronave?

—Sí, pero debo transformarlos. Tenga en cuenta que en las naves siderales se ha previsto toda clase de accidentes que puedan ocurrir en el espacio: nunca en tierra firme, ¿me comprende? Por lo tanto, el instrumento que menos podrá usted hallar a bordo será un mal bote de goma, aunque… ¡Sí! ¡Ya lo tengo!

—¿Qué es ello, González?

—Venga conmigo, Zaldívar.

Volvieron a penetrar en el interior de la nave y ascendieron hasta la cubierta de carga. Los generadores de electricidad no habían sufrido daño alguno y la iluminación era espléndida. Rino se dijo que aquello les podría ser muy útil más adelante.

Buscando, logró dar con una cámara cuya puerta abrió y el sudamericano comprendió al momento la idea del ex piloto. En diferentes estantes, cuidadosamente colocadas, se veían unas masas de sustancia plástica, de gran consistencia, una de las cuales tomó Rino en sus manos.

Aquello parecía un globo deshinchado y tenía en uno de los lados una especie de caja de medio metro de longitud por otro tanto de anchura y veinte centímetros de grosor. Rino oprimió uno de los botones que se veían sobresalir de una de las caras de la caja e instantáneamente el fláccido globo deshinchado adquirió la forma circular, quedándole un orifico de tamaño suficiente para que pudiera pasar en su interior un hombre. El aire llenó el espacio que había entre las dos capas de plástico, convirtiéndolo en una esfera de un par de metros de eje. Luego Rino pulsó otro botón, retirando la mano aprisa, y casi al momento, aquel orificio que quedaba se vio cubierto por un chorro plano de la misma substancia que brotó de la caja y que, al solidificarse dejó completamente estanco el interior de la esfera transparente.

—Bien, pero no veo cómo podemos salir de aquí con estas burbujas de salvamento — objetó Zaldívar.

—No vamos a salir con ellas, sino a construir un bote de goma. Lo que sobran son burbujas y plástico fluido, de modo que ¡manos a la obra! Haremos un bote para media docena de personas.

Veinticuatro horas más tarde, la brillante idea de Rino había fructificado. Pero aún hubieron de transcurrir tres días más, terrestres, antes de que los señalizadores estuvieran dispuestos. Y, en aquel momento de la partida, Pat insistió en unirse a los expedicionarios. Lo dijo de tal forma que Rino no supo negarse a ello.

—Llevemos armas, por si acaso.

—Una sugerencia muy útil, capitán — sonrió Zaldívar, ciñéndose un cinturón con una pistola y echándose a la espalda un corto, pero mortífero rifle. Sus tres hombres le acompañaban, de modo que, con L'dyer y la muchacha, eran siete los tripulantes de tan original bote construido de las burbujas de salvamento.

Avanzaron penosamente. El barro líquido no era el medio más apropiado para navegar y, por otra parte, la embarcación carecía por completo de formas hidrodinámicas, ya que Rino se había preocupado ante todo de la estabilidad.

El silencio era absoluto, aparte del pesado estallido de las burbujas de fango y el chapoteo de los remos construidos también de una manera un tanto rústica. Antes había mirado Rino de utilizar una pértiga, pero no había encontrado fondo, de modo que tuvieron que resignarse a hacer trabajar los canaletes que construyera a base de soplete y aluminio.

Navegaron durante un par de horas seguidas sin ver el menor rastro de tierra firme. Evitaron con gran frecuencia el tropezar con los troncos de los árboles muertos, muchos de los cuales sobresalían varios metros, en tanto que a veces apenas si se les veía a ras de la superficie. En evitación de una desgracia, Rino colocó a uno de los hombres de Zaldívar, Nahed, en la redonda proa de la navecilla, con la misión de ir tanteando, con uno de los remos, los obstáculos que pudieran surgir en tanto que caminaban.

—Pues sí que está lejos esa pradera...—rezongó el sudamericano en cierta ocasión, pero algo le interrumpió la frase apenas comenzada.

Un singular grito, como una mezcla de ronquido y aullido, y que, con toda evidencia no procedía de garganta humana alguna, se elevó muy cerca de allí, y apenas oído, un gélido escalofrío recorrió siete espaldas al mismo tiempo. Todos se miraron unos a otros, aprensivamente, cesando al momento de remar, pero Rino ordenó:

—¡Continuad! ¡Zaldívar, prepare su rifle! ¡No sabemos qué clase de animales pululan por aquí!

Al mismo tiempo que el sudamericano, Rino también se descolgó su fusil y le bastó una leve presión en un botón para enviar una bala a la recámara. Puso el índice en el disparador y procuró, aunque en vano, atravesar con la vista la espesa cortina de niebla.

El grito se repitió, instantáneamente cortado por un ruidoso gorgoteo, y de repente la canoa se tambaleó.

No fue muy fuerte el movimiento, porque en aquel medio tan denso las ondulaciones se transmitían difícilmente; más, aun así y todo, Rino se dio cuenta de que el animal que las producía debía ser de colosal tamaño, ya que las ondas del apestoso líquido procedían de más allá del límite de máxima visibilidad. Continuaron navegando, pero con los nervios en tensión y el dedo pronto al disparo.

De nuevo volvió a rugir la fiera y esta vez todos se dieron cuenta de que estaba mucho más próxima. Un grito de la muchacha estalló de pronto, haciéndolos saltar sobre el fondo de la embarcación.

—¡Allí! ¡Allí! —y su dedo índice señalaba hacia la derecha y adelante.

Pero no vieron nada, a excepción de otro golpe de oleaje fangoso que renovó los vapores e hizo bailar el bote un tanto.

—¿Qué ha sido ello, Pat? — inquirió el español.

—¡Oh! No se... Me pareció haber visto una masa obscura que emergió un instante del barro, para desaparecer seguidamente. No pude contenerme y grité.

—¿Qué diablo de animales serán los que vivan aquí? — la pregunta era de Zaldívar, quien continuó —: Usted podría muy bien saberlo, L'dyer. A fin de cuentas es de por estos parajes.

El carinio sonrió imperceptiblemente:

—Ustedes los terrestres creen que basta haber nacido en un sistema distinto al suyo para que nosotros debamos saber cómo son los mundos vecinos al nuestro. En Carina Vil hay catorce planetas y cada uno de ellos tiene unas condiciones de vida, así corno sus habitantes, completamente diferentes a los restantes. Por lo tanto, no es aventurado suponer que este sistema no se comporte de la misma manera.

—Es decir, que usted no tiene la menor idea de cómo pueden ser los habitantes del planeta en que actualmente nos hallamos, ¿verdad?

—.Exacto — respondió L'dyer, afablemente.

—Pero en cambio —dijo en tono muy quedo Rino — yo sí que sé cómo son. Por lo menos la parte que sale del barro. Y, si no me equivoco, tiene tres ojos, cada uno de los cuales mide al menos un metro de ancho.

—¿Eeehhh...? — fue la unánime exclamación, ahogada instantáneamente por el grito de pavor de la muchacha.

Solamente había visto bien al animal una persona, que no era otro que Rino. Los demás miraron en aquella dirección, mas el alarido de espanto de la muchacha pareció como si asustara a aquella extraña fiera, que desapareció bajo la superficie del pantano. Pero la agitación del espeso líquido fangoso no cesó en aquella ocasión. Continuó como si la bestia caminara por debajo de él, EN DIRECCIÓN AL BOTE.

— ¡Disparen! —aulló uno de los esbirros de Zaldívar, frenéticamente, perdiendo el control de sus nervios—. ¡Hagan fuego, por el amor de Dios!

—¡Cállate, Silverio! ¡Imbécil! ¿Dónde quieres que disparemos…?

Pero la imprecación del sudamericano fue cortada por la aparición súbita y repentina de una espacie de látigo muy grueso que serpenteó en el aire.

Rino se dijo si no sería alguna especie de cefalópodo jamás soñado por el hombre el que les amenazaba; pero, si tal era, desde luego no tenía semejanza alguna con los pulpos y calamares gigantes que él había visto en los acuáriums terrestres. Aquel tentáculo era largo, cilíndrico, completamente fusiforme, sin ventosa alguna instalada a todo lo largo de su grisácea epidermis, por la que resbalaba el achocolatado fango. Mas, con todo y ser espantoso el aspecto de aquel tentáculo, grueso de más de cincuenta centímetros, aún aumentaba el horror de aquella bestia sin nombre, el hecho de que en la extremidad hubiera quince o veinte prolongaciones de un par de metros de largura, por unos diez o quince centímetros de grueso, que se agitaban incesantemente al modo de una medusa de nueva especie.

El enorme tentáculo se encontraba a unos diez metros de distancia de la canoa. Era evidente que si se dejaba caer sobre ésta, la hundiría al primer golpe. Rino no se quiso arriesgar, ya que si el

disparo hería a la fiera, sin matarla al momento, como era lo más probable que sucediera, lo único que conseguirían sería irritarla aún más de lo que ya parecía estar, por el insólito hecho de la invasión de los que hasta entonces fueran sus dominios.

—¡Remad! ¡Remad aprisa!—les acució, y los hombres de Zaldívar, así como L'dyer e incluso la muchacha redoblaron sus esfuerzos. Y en aquel mismo momento el sonido más inesperado, más sorprendente que soñaran escuchar en aquellos parajes, les sacudió los tímpanos vibrando con toda claridad por encima de los demás ruidos. Se acercaba, se alejaba hasta hacerse casi inaudible, pero, aunque con cierta irregularidad en sus intervalos no dejaba de sonar.

—¡Una campana!—exclamó atónito Rino, y en aquel momento Silverio, el mejicano, al servicio de Zaldívar, se puso en pie, los miembros temblorosos, la vista extraviada. Sus nervios, incapaces de sostener por más tiempo aquella prolongada tensión acababan de saltar.

—¡Es una campana, sí! —gritó —. Es la campana que toca para nuestro funeral!

—¡Silverio, siéntate! —le ordenó Zaldívar. El mejicano se movía convulsivamente y amenazaba con volcar el bote.

—¡Yo quiero irme! ¡No quiero estar más aquí! — había enloquecido y, de repente, antes de que Rino, que era quien más próximo a él se encontraba, pudiera evitarlo, saltó al fango, tratando de alejarse, a nado, sin percatarse de que en aquel pantano era dificilísimo tal empeño. No obstante, con el formidable ímpetu de su locura, ganó muy pronto alguna distancia. Lo que ocurrió fue algo espantoso.

Otro brazo del monstruo, también terminado en una veintena de subtentáculos emergió súbitamente a poquísima distancia del mejicano quien intentó dar media vuelta, sin conseguirlo, porque aquella medusa cayó sobre él, envolviéndolo en la red de sus vibrátiles dedos y elevándolo unos cuantos metros en el aire, a pesar de sus desesperados esfuerzos por evitarlo. Logró arrancar con las manos alguno de aquellos tentáculos inferiores, pero de repente el mayor se hundió en el fango, arrastrando consigo al desdichado Silverio, cuyos gritos atronadores se ahogaron en un espeluznante gorgoteo. Diez segundos después, una colosal burbuja roja afloró a la superficie y en el ánimo de todos estuvo la certeza del desastroso fin del desgraciado mejicano.

Pero el otro tentáculo aún se agitaba por el lado opuesto. Se inclinó hacia la balsa de plástico y Rino va no lo dudó más. Aun dudando de la eficacia de su rifle, hizo fuego. Y entonces ocurrió una cosa curiosísima.

La bala impactó en el centro de la extremidad del oculto cefalópodo de desconocida especie, la cual se cortó como si en lugar de ser un proyectil cilíndrico de un centímetro de espesor, hubiera sido una colosal y afiladísima cuchilla. El trozo amputado se hundió instantáneamente bajo el fango, en tanto que el otro, aquel que tenía a su final los subtentáculos quedó sobrenadando y agitándose de un modo horripilante.

— ¡De prisa! ¡De prisa! —gritó Rino, sintiendo un frío sudor correrle por la frente a pesar de la tórrida temperatura del pantano. Aquello que estaba viendo le parecía una espantosa pesadilla; pero el barro semilíquido, pastoso, muy poco fluido, dificultaba enormemente la navegación y la velocidad del bote había de ser forzosamente reducida. La campana seguía tañendo melancólicamente.

De repente el bote se inclinó bruscamente a un costado y casi volcó. Nahed cayó fuera, gritando angustiado. Los demás hubieron de agarrarse para no saltar fuera y en aquel momento la cabeza o lo que fuera del monstruo salió al exterior.

Durante el brevísimo tiempo que duró la escena, Rino se dio cuenta de aquella espantosa mole inoculada, cuyas pupilas, sin párpados, repetían por tres veces su horrenda expresión de odio y asimismo apreció una curiosísima peculiaridad en aquella bestia de averno, incapaz de ser concebida por la desatada fantasía de un Gustavo Doré. Pues en la parte superior de los ojos había una especie de orificios de los que brotó una corriente de aire que disipó instantáneamente el barro que aún los cubría, permitiéndole una visión mejorada de su presa. Sin embargo, el español se dio cuenta de que tenía que obrar y obrar rápidamente si querían tener una mínima probabilidad de sobrevivir, por lo que su rifle detonó estruendosamente.

La primera bala impactó en una de aquellas horribles pupilas, haciéndola estallar. El indescriptible grito de la bestia se elevó sobre la niebla del pantano y un par de tentáculos más salieron fuera del agua, agitándose con fuertes espasmos.

Restallaron también otros disparos. Los demás ocupantes de la balsa se habían dado cuenta de que les urgía acabar con aquel monstruo mitológico y no se anduvieron con remilgos. Rino hubo de

gritar con todas sus fuerzas para hacerse oír en medio de la fenomenal baraúnda de los estampidos,

—¡A los ojos! ¡Conviene cegarlo!

En la grisácea masa de aquella cabeza comenzaron a aparecer los orificios de los balazos. Otra pupila se disolvió instantáneamente, cuando una bala chocó con ella; pero en el mismo instante, uno de los tentáculos cogió el bote por el fondo y después de elevarlo un par de metros en el aire, lo soltó.

Pero ya los supervivientes de aquel horror se alejaban, aunque con penosísimos esfuerzos.

—¡Ahí está la tierra! —gritó de repente L'dyer. El sonido de la campana se percibía con mucha mayor claridad. Unas masas oscuras como edificios de extraña factura íbanse perfilando a medida que la proximidad aumentaba la facilidad de la visión. Y, de repente, cuando menos lo esperaban, una fuerte racha de viento fresco, puro, que llenó de oxígeno limpio los cargados pulmones de los náufragos barrió de nubes aquel lugar, dejando que los rayos del sol de aquel sistema iluminaran en todo su esplendor aquella ciudad construida en el borde del pantano,

Rino ayudaba a la muchacha a nadar y su estupefacción iba en aumento a medida que se acercaban. Aquello era fascinante, increíble.

Pero era cierto. Certísimo, irrefutable; así como la extraña figura que, alocada corría de un lado para otro, produciendo el sonido que anteriormente percibieran,

CAPÍTULO X

Sí. Era una ciudad muerta, desierta, absolutamente inhabitada, a no ser por el capitán Ramírez, que, enloquecido, riendo a grandes carcajadas, vagaba de un lado a otro golpeando el raro instrumento que producía el sonido tan semejante al de una campana y que no era otra cosa que una esfera, del mismo material que los edificios y el pavimento, con un pequeño orificio para producir la debida resonancia. La esfera estaba sostenida por una cadena y el macillo era una áurea barra, porque todo cuanto veían los asombrados espectadores "era de oro".

De oro el suelo, de oro las casas y hasta algunos extraños artefactos con ruedas que un día perdido en la inmensidad del tiempo sirvieran de vehículos tirados por sabe Dios qué especie de desconocidos animales.

— ¡Qué barbaridad! — exclamó ahogadamente Rino, cuando se hubo repuesto de la sorpresa que le produjo el inesperado hallazgo. Iluminada plenamente por el sol, la ciudad, de rectilíneo trazado, se perdía en Ja distancia, ocupando una fabulosa extensión—. Esto vale una fortuna... Bueno — rió forzadamente — Una fortuna no. Mejor dicho, es imposible calcular su valor.

—Usted lo ha dicho, capitán — repuso el sudamericano.

El único esbirro que le había quedado temblaba como acometido de fiebres tercianas.

Luego Rino fue el primero en reaccionar:

—Tenía usted razón, Pat. Ramírez vivía, pero jamás me imaginé encontrármelo en este lugar.

—¿Suponía usted algo acerca de su existencia? — inquirió Zaldívar con cierta sospecha en el tono de su voz.

—Hombre..., me extrañó que en las manos de Ffoyles, el tercer maquinista muerto, apareciera una hombrera con cinco estrellas plateadas de cuatro puntas. Esto y el que su cadáver hubiera desaparecido tan oportuna y misteriosamente me confirmó en tal creencia, dejándome tan sólo en la duda del lugar en que hubiera podido esconderse. Sin embargo, no logro comprender cómo pudo llegar hasta aquí.

—Usaría alguna de las burbujas — sugirió la muchacha.

—Probablemente. Es seguro que él sabía la existencia de la ciudad de oro, de otra forma no se explicarían aquellos asesinatos y la destrucción de los instrumentos de navegación cuyo fin no era otro que sembrar el pánico, como lo consiguió, entre el pasaje y la dotación. Así podría gobernar la astronave hacia el lugar que quisiera, pero, a lo que veo, no le ha servido de nada. Está loco por completo.

En efecto, Rino parecía tener razón. El desdichado Ramírez continuaba yendo de un lado a otro, golpeando incesantemente la esfera de oro y sin cesar de reírse, con los ojos muy abiertos, ofreciendo una verídica estampa del hombre que ha perdido la razón.
.

Pat se tapó los oídos. El sonido era insoportable, debido a la gran resonancia de la esfera de oro. Zaldívar decidió poner punto final a aquella intolerable escena.

—¡Basta!—gritó, y su voz se estremeció poderosamente por todo el ámbito. Hubo de repetir la intimación—: ¡Basta, capitán! ¿Me ha oído?

Pero la visión de tan incalculable tesoro había ofuscado por completo la razón de Ramírez, de modo que Zaldívar hubo de adoptar una solución más radical. Se le acercó en dos saltos y, tomándole por el cuello, conectó su puño contra la mandíbula del capitán. Éste puso los ojos en blanco y se derrumbó al instante.

—Bien — exclamó el sudamericano cuando todo hubo concluido —. Ahora lo único que nos resta es ponernos en contacto con la gente que se ha quedado en la astronave.

—Tiene usted razón, señor Zaldívar. Todo el material se nos ha ido al fondo del pantano. Deberemos empezar de nuevo.

—Pero antes hay que resolver el problema del transporte — observó juiciosamente la muchacha;

—Eso es. He ahí nuestro más inmediato objetivo — exclamó Rino, quien continuó, dirigiéndose a Pat—. ¡Oiga! ¿Sabe usted que tiene un criterio excelente acerca de nuestra situación?

—¿Por quién me ha tomado, Rino? Por algo tengo una patente de cuarto navegante. No lo olvide.

—Está bien, está bien, no se enfade. Empezaremos, pues, por recorrer estas casas. Quizás encontremos en ellas los materiales para

fabricar una embarcación o cosa por el estilo.

La muchacha, decidida, fue la primera en ponerse en marcha. Se dirigió hacia el edificio que tenía más próximo y penetró en él sin pensárselo mucho.

Diez segundos después, un grito penetrante salía de aquel lugar y Rino se abalanzó hacia la puerta, chocando con la muchacha que salía a todo correr. El encontronazo fue tan violento que los dos rodaron por el suelo, y Zaldívar, L'dyer y Nahed no pudieron contener una carcajada ante la situación tan cómica que alivió forzosamente lo penoso de la situación.

Todavía en el suelo, Pat gimoteó:

—¡Ahí... ahí dentro! ¡Me... me han mirado con sus... ojos...!

—Veamos esos ojos — dijo el primero de malísimo humor, lanzándole una furibunda mirada. Seguido por los demás, penetró en el interior del edificio, atravesando una especie de vestíbulo y salvando luego media docena de escalones. Penetró en la vecina estancia y, a su pesar, no pudo contener un respingo.

Era cierto lo que decía la joven. Había allí muchos pares de ojos que le miraban, pero eran pupilas sin vida. Miradas de hombres y mujeres que fueron, quizá millones de años antes, pero que se conservaban maravillosamente, a pesar del transcurso del tiempo, dentro de su ataúd de vidrio o parecida substancia, absolutamente transparente. Todos los cuerpos, especialmente los de las mujeres, estaban cubiertos ele riquísimas preseas, cuyo valor, sin contar el de la maravillosa orfebrería, era realmente incalculable. Pero alguien perdió de pronto los estribos y con una barra de oro en la mano, la del capitán, intentó forzar uno de aquellos féretros.

—¡Quieto ahí! —le increpó Rino adustamente, tomándole la mano—. Deje en paz a los muertos. ¿No tiene bastante oro en la calle?

El hombre le miró de muy mala manera, farfullando ininteligibles amenazas, pero su actitud obligó a Zaldívar a intervenir:

—¡Nahed! ¿No has oído al capitán?

El esbirro bajó los ojos, mas Rino apreció que si desistía de su empeño era muy en contra de su voluntad. Continuaron visitando el interior de la casa y, de súbito, Pat lanzó un grito de alegría.

— ¡Ropas! ¡Vestidos! ¡Qué bien! ¡Sólo me faltaría un buen baño para quedar completamente satisfecha!

Como si aquellos misteriosos pobladores de aquella muerta civilización hubieran querido dejar un mensaje a la posteridad, en una de las estancias contiguas había una serie de estantes, herméticamente cerrados, con abundantes muestras de sus productos. Rino no se opuso a que la joven forzara alguno de aquellos armarios y extrajese de él la ropa que estimó necesaria. Nahed, por el contrario, se dedicó a las joyas, que las había, y en abundancia, y el español se dijo que ahora no merecía la pena evitar aquel saqueo. Zaldívar y el carinio, por el contrario, permanecieron mucho más tranquilos, admirando, no obstante, aquellas maravillas de valía incalculable.

Pero la auténtica maravilla lo fue Pat cuando, después de un buen rato, hizo su repentina aparición vestida al modo de aquella época muerta.

—No se ofendan por el olor — dijo complacida—. Encontré ahí unas cuantas vasijas con agua perfumada y me aproveché de la ocasión.

Rino pensó que también sería un tonto en dejar pasar aquel momento tan favorable y sin el menor escrúpulo echó mano de un pesadísimo collar, que colocó en el cuello de Pat, quien le agradeció la galantería con una sonrisa, que se heló al instante en los labios cuando de repente vio aparecer una figura en la puerta.

—¡Capitán Ramírez! — gritó espantada, y al conjuro de su voz todos se volvieron para mirar en aquella dirección.

—Levanten las manos — dijo el capitán despacio, pero con un tono amenazador. Apoyaba su orden con un rifle, cuya procedencia era un misterio para cuantos allí se encontraban.

—Creían que me había vuelto loco, ¿eh? — continuó Ramírez, riendo irónicamente—. Quizá sí. La vista de esta ciudad marea a cualquiera y he de reconocer que mí razón se nubló cuando hice un ligero recorrido por este lugar y vi las riquezas que atesora. Pero su golpe llegó muy oportunamente, señor Zaldívar. Cuando me desperté me di cuenta de que lo mejor era… Bueno, ya se lo pueden suponer, ¿no?

Rino se dio cuenta de que los ojos del capitán le llameaban peligrosamente y dio un paso hacia adelante, pero éste le encañonó con el rifle:

—¡No se mueva! —le ordenó—. Un solo paso más y le atravesaré sin el menor escrúpulo.

—Pero...

—¡Calle! Hablarán cuando a mí me parezca — sonrió burlonamente al dirigirse al sudamericano—: Señor Zaldívar, un millón de gracias por sus amables informaciones que me permitieron llegar hasta aquí.

—¿Cómo lo consiguió?

Rino pensó que lo mejor era interesar al demente en el relato de sus propias hazañas, para ver de distraerle. Quizás el orgullo de lo realizado le hiciera descuidarse, y entonces...

—Cuando se es capitán de una nave como "Vega II" hay millares de sitios en que uno puede vivir diez años sin que le encuentren. Por lo demás, una burbuja de salvamento, manejada convenientemente me fue muy útil para llegar hasta este fabuloso tesoro que será mío, mío solamente — se golpeó el pecho furiosamente con la mano izquierda.

—Recuerde el trato convenido — dijo suavemente Zaldívar.

—¡Vaya! — exclamó ligeramente sorprendido Rino—. De modo que mis sospechas no eran totalmente infundadas. Para ello me envió usted aquella nota con los doscientos cincuenta mil "garants", ¿verdad?

—Bien. Había que asegurarse — sonrió Zaldívar —. Ya ve usted que, a fin de cuentas, el capitán me ha fallado. Lo quiere todo para él, cuando, administrando bien esto hay para vivir en la opulencia todos los que estamos aquí durante el resto de nuestros días.

—¡Naturalmente! Cuando uno se embarca en una empresa de tal categoría debe atar bien todos los cabos. Y, si no recuerdo mal, por ahí cerca debe andar una astronave que Ramírez envió por control radial remoto, para que así tuviéramos los medios de salir de aquí. Uno de los botes salvavidas, ¿sabe?

—¡Pero será solamente para mí! ¡La nave y el oro son míos! ¡Míos! —gritó el capitán—. Y antes os mataré a todos.

—¡Por Dios!—le recriminó el sudamericano—, ¡Ya ha cometido demasiados crímenes...!

"¡Bang!"...

Un fogonazo partió del rifle, al mismo tiempo que la detonación asordaba a cuantos le escucharon. Zaldívar se llevó las manos al pecho y dobló sus rodillas, con un rictus agónico en su expresión.

—¡Maldito...!—juró, con un espasmo de dolor, pero un segundo disparo, éste en mitad de la cabeza, lo hizo desplomarse definitivamente. Y el loco, viendo que se había deshecho definitivamente de su más peligroso enemigo, rió escalofriantemente.

—¡Ahora os toca a vosotros! ¿Quién quiere ser el primero? ¡Vamos, no me hagáis esperar?

Instintivamente, Rino se colocó delante de Pat, como si con aquel gesto que reputaba inútil, quisiera evitarle la horrible suerte que les aguardaba. Ramírez estaba situado a una distancia tal que ni intentando un salto desesperado llegaría a tiempo para impedir el próximo disparo.

El capitán continuaba riendo, riendo continuamente. El fusil se movió de un lado para otro, encañonándolos alternativamente.

Pero súbitamente un sonido se oyó. Un sonido que fue un rayo de luz y esperanza en aquella obscura desesperación.

—¡"Sirio"!—exclamó Pat jubilosamente, y alzó la voz—. ¡"Sirio!" ¡Aquí! ¡Ven!

Ramírez se volvió, pero solamente fue una décima de segundo. Lanzó una horrible imprecación y soltó un disparo. Mas Rino ya se había echado a un lado, junto con la muchacha y ambos cayeron al suelo. La bala pasó inofensivamente alta y chilló agudísimamente al rebotar contra las áureas paredes. Y Ramírez no tuvo ocasión de repetir el gesto porque en aquel momento, ladrando atronadoramente, "Sirio" se le echó encima.

El hombre y el mastín lucharon ferozmente. El primero soltó el arma en su intento de deshacerse de su enemigo, pero los colmillos del animal fueron más rápidos. Las fauces de "Sirio" se cerraron sobre la garganta de Ramírez y cuando esto ocurrió, su sangre se mezcló con la de su otro cómplice.

Hubieron de apartar al can a la fuerza. Se hizo necesaria toda la autoridad, y la persuasión que la muchacha tenía sobre él para que al fin "Sirio", gruñendo aún, se apartase del hombre en quien tan oportunamente había hecho justicia

—Usted — dijo cuando regresó a Nahed — será testigo de cargo cuando se lleve a cabo la investigación en la Tierra. Así aliviará en buena parte la pena que le corresponde por su complicidad en todo lo ocurrido.

—Sí... sí — accedió tartamudeando el hombre, a quien no se le había pasado totalmente el susto. Por salir de allí era capaz de cualquier cosa y se consideraba felicísimo con haber salvado el pellejo.

Y cuando ya hallada la astronave, dispuestos todos para el regreso, pasando antes por "Vega II" se les ofreció por última vez la visión de la ciudad de oro, que quedó muy pronto oculta por la espesa niebla, Rino no pudo por menos de exclamar:

—Es un tesoro... pero, ¡cuánta sangre se ha vertido por su culpa!

Luego miró a la muchacha y se sintió feliz. Estaba muy hermosa con aquel vestido, aunque las joyas las había guardado prudentemente. Sin embargo, no había podido evitar que el resto de los supervivientes que quedaron en "Vega II" pasaran por la ciudad muerta y se apoderaran de pequeñas fortunas. A fin de cuentas, para ellos había sido un viaje más que fructífero.

—Ya estamos de nuevo en el camino sin fin — dijo él. Dentro de pocas horas llegarían a Carina VII.

—Pero que termine, en la Tierra — dijo ella ruborosa, bajando los ojos, y de repente, sin saber por qué, se encontraron el uno en brazos del otro. Después de los infinitos peligros que habían arrostrado, comprendían que el destino suyo sería el estar unidos durante toda su existencia. Permanecieron largo rato embriagados en el éxtasis de su amor y al fin ella fue la primera en romper el silencio. Con una pregunta desconcertante:

—Me prometiste en cierta ocasión decirme tu verdadero nombre, Rino.

Se echó a reír el hombre, exultante de alegría, y acercó su boca al oído de Pat, quien un segundo después palmoteo jubilosa:

— ¡Qué bonito! Así se llamará nuestro primer vástago... si es niño.

—Jamás — exclamó él rotundamente—. No consentiré que le digan Ceferino por nada de este mundo.

Pat hizo un mohín encantador:

—Bueno. Será un Rinito...

Y el alegre ladrido de "Sirio" pareció confirmar las palabras de la muchacha.

FIN

Nada podía detener el poder de aquella extraña e invisible fuerza. Margaret cerró la puerta de compartimento donde quedaba el esqueleto del profesor Móxom que, unas horas antes, se había ido a dormir lleno de vida.

Dominando su horror, se dirigió hacia la sala de radio atravesando las naves desiertas y sumidas en la penumbra.

Su fina mano puso en marcha los emisores y, mientras su instinto le advertía de la misteriosa presencia del horrible ser, su desesperada llamada se elevó, a través de la inmensidad del espacio, hacia un hombre valeroso.

Sus palabras, trágicas, suplicantes, substituyeron el

«S. O. S., PLUTON» que el automático había ido emitiendo durante semanas y semanas:

—Ven en seguida... Estoy completamente sola... ¡Te lo suplico,..!

«S.O.S., PLUTON»

